

EL ROBOT QUE QUISO SER REY

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION

EL ROBOT QUE QUISO SER REY

Título Original: *El Robot Que Quiso Ser Rey*

Colección: La Conquista Del Espacio 559
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.72

CAPÍTULO I

Era una tiendecita pequeña, de aspecto muy modesto, aunque la fachada aparecía decorosamente limpia. El escaparate tenía una luna de cristal ahumado que no permitía ver el interior, ni lo que se exponía en él, si es que se exponía algo. La puerta tenía las mismas características.

El nombre y lo que se hacía en aquella tienda eran muy originales:

EL OJO MÁGICO

Se Duplica Todo
(También se multiplica lo que sea)

La puerta de la tienda permanecía cerrada. Si había alguien en su interior, nadie podía decirlo, porque nadie había visto al dueño de «El Ojo Mágico». Y no se sabía de nadie que hubiera entrado allí dispuesto a convertirse en cliente.

Pete Cornish, que era el guardia de la demarcación, entró un día por curiosidad, y habló con el dueño de la tienda, quien le enseñó los permisos legales para su establecimiento. Cornish se quedó satisfecho, a pesar de que vio las estanterías vacías, sin nada que se pudiera comprar ni vender.

Cuando le preguntó qué podía duplicar, el dueño contestó con una risita.

—Todo —dijo el hombre, menudo, de aspecto amable y sonrisa cortés—. Lo dice el rótulo, agente.

—Ah, ya, fotocopias.

—Algo por el estilo, señor guardia.

Cornish se dio por satisfecho. El señor T’Bong, dueño de la tienda,

era un hombre inofensivo y afable, y no había por qué molestarle. Mientras no quebrantara la ley, por supuesto. Lo cual no parecía ser su caso.

Durante algún tiempo, las cosas siguieron así. Luego, aunque no muy numerosos, empezaron a llegar clientes.

* * *

Estaban en los más dulces prolegómenos, cuando, de pronto, sonó el timbre de la puerta.

Jerry Jones soltó una maldición en voz baja. Ella se incorporó sobre un codo.

—¿Esperabas a alguien, Jerry?

—¿Quién? ¿Yo? No, encanto…

El timbre volvió a sonar. La mujer emitió un par de palabrotas, con las que quería expresar su fastidio.

—Jerry, no estarás casado —dijo.

—¿Me tomas por tonto? En todo caso, te habría llevado a otro sitio y no estarías en mi apartamento.

—Hum, no me fio…

El timbre sonó por tercera vez.

—Por todos los diablos —gruñó Jones—. Ese pelmazo, sea quien sea, no me va a dejar en paz.

Saltó de la cama y se puso una bata.

—No te muevas, Lura —dijo—. Voy a echar a ese inoportuno. Luego reanudaremos… la lectura.

—Pondré el punto en la página donde hemos interrumpido —rio ella.

Jones cruzó el apartamento y abrió la puerta.

—Hola —dijo el que estaba en el umbral.

—Hola… Eh… —Jones se sobresaltó terriblemente—. ¿Quién es usted?

Alargó la mano y tanteó el aire, como si quisiera tocar algo.

—Pues no, no es un espejo…

—Yo soy tú —dijo sonriendo el que estaba en la entrada y que era un calco exacto del dueño del apartamento—. ¿Puedo pasar? Me necesitas, Jerry Jones.

Jones retrocedió y su doble entró en la casa. Lura oyó voces desde el

dormitorio y, presa de la inevitable curiosidad femenina, se puso una bata y corrió a la puerta del dormitorio.

—Cielos —dijo, al ver el hombre que era exactamente igual a Jerry —. ¿Tienes un hermano gemelo? —preguntó.

—No, ni siquiera tuve hermanos que nacieran antes o después que yo —contestó Jones—. Tampoco sé por qué está aquí este tipo…

—Me encargaste tú —respondió el doble—. Dijiste que necesitabas un duplicado de ti mismo, me hicieron y aquí estoy. ¿He salido bien? ¿Me encuentras algún defecto?

Jones se pasó una mano por la cara.

—A ver si nos aclaramos —dijo—. En primer lugar, no necesito un doble de mí mismo. Me basto yo solito para lo que hago, sea lo que sea, pero, muy en especial, en determinadas circunstancias —miró de reojo a Lura y continuó—: Y, en segundo lugar, ¿qué es eso de que te encargué yo, que hicieron un duplicado de mi mismo y que por eso estás aquí?

—Ah, no lo sé, es asunto tuyo, puesto que me encargaste.

—No seas bromista. Apuesto a que llevas una máscara… Quieres burlarte de mí, ¿eh?

—No, hombre, soy sincero. Y no llevo ninguna máscara. Soy exactamente tú y, cuando lo necesites, puedo ocupar tu lugar y hacer las cosas desagradables que a ti te resulten molestas o enojosas. Yo las haré con mucho gusto, créeme.

—¡Jerry! —chilló Lura—. Te ha costado mucho convencerme para que viniera a tu casa, pero ahora no me vas a salir diciéndome que ése te va a sustituir en la cama. ¡O tú o nadie! —concluyó melodramáticamente.

—No seas estúpida —respondió Jones de mal humor—. ¿Cómo puedes pensar siquiera que yo iba a permitir que…? —puso las manos en los costados y se encaró con su doble—. Mira, muchacho; estoy seguro de que alguien ha querido gastarme una buena broma, maquillándote con mucho arte, de modo que resultes absolutamente parecido a mí. Pero yo no estoy para bromas y menos de esa clase, así que coge la puerta y lárgate. ¡Fuera! ¿Me has oído?

El doble puso cara de tristeza.

—Entonces, ¿no me necesitas? Pero si tú me encargaste…

—¡Y dale! —dijo Jones, exasperado—. ¿Es que no puedes cambiar de disco?

—¿Qué es un disco?

—Un disco es una cosa redonda, que se le pone una aguja y sale música por un altavoz… Oh, diablos, eso es ya muy anticuado…

—Me parece que ha perdido el tiempo —intervino Lura—. Jerry, sospecho que vas a tener que quedarte con tu hermanito gemelo. Soy muy comprensiva, pero nada partidaria de ser… admirada por dos hombres a la vez.

—¡Aguarda, Lura! —gritó él—. Este tipo se va a marchar inmediatamente. Aquí hay una equivocación, y no una broma estúpida…

—¿Una equivocación? —dijo el doble.

—¡Sí! Quienquiera que sea —vociferó el joven—, se equivocó, pensando que la broma me iba a divertir muchísimo. Y lo único que han conseguido es…

Jones se interrumpió súbitamente.

El doble se había quedado inmóvil, con los ojos fijos en algún punto distante. De pronto, los rasgos de la cara empezaron a borrarse, como si estuviese hecho de cera y ésta se fundiera bajo la acción de una temperatura superior a la normal.

Jones dio un salto hacia atrás. Anchos regueros de un líquido espeso caían hacia abajo. Pero no era el rostro solamente lo que se fundía, sino todo el cuerpo.

El doble se deshacía, literalmente, convirtiéndose en una masa liquida, siruposa, que despedía un olor acre, aunque no demasiado intenso. Las ropas se arrugaron, fláccidas, y acabaron por caer al suelo, cuando el doble quedó transformado en una ancha mancha de líquido, que llenaba casi por completo el ámbito de la sala.

Lura apareció en aquel momento, ya vestida, y lanzó un chillido al ver aquel enorme charco de sustancia sonrosada y espesa.

—¡Jerry! ¿Qué ha pasado aquí?

—Eso es lo que me gustaría saber —contestó él—. Mi doble se ha fundido, como si estuviese fabricado de blanda cera.

Lura reaccionó en seguida y se encaminó a la puerta, aunque dando un rodeo para no pisar el charco.

—Jerry, eres un tipo muy simpático, pero cuando te pones a gastar bromas idiotas, te conviertes en algo odioso y repugnante. No vuelvas a verme en los días de mi vida, no se te ocurra siquiera llamarme, porque hemos terminado para siempre. ¿Entendido?

Jones estaba demasiado preocupado para lamentarse de la ruptura con la joven. Además, Lura no era para él sino una aventura pasajera.

Su verdadera preocupación estribaba en dos puntos: ¿De dónde había salido aquel doble? Y, ¿cómo se había fundido totalmente?

Aún había algo que tampoco dejaba de preocuparle: ¿Cómo iba a limpiar el suelo de «aquello»

* * *

—Y no mires a esa golfa, cínico, que eres un sátiro, que no piensa más que en las mujeres. Deberías pensar un poco más en tu trabajo y sacarle todo el jugo que puede dar. Así no te explotarían miserablemente, que te tienen como un esclavo, aunque luego digan que eres el sabio más grande del mundo…

La mujer se interrumpió un instante para tomar aliento y luego continuó su virulenta parrafada:

—Si me quisieras un poco, traerías a casa más dinero… Todas mis amigas tienen ya su satélite de verano y yo soy la única que tiene que ir a la Florida o al Caribe, como hace trescientos años… Me miran por encima del hombro y… ¡Frolo, atiende al coche y no mires a aquella desvergonzada pelirroja! Dios mío, ¿qué habré visto yo en este hombre, para decirle que sí, cuando me propuso matrimonio? En aquellos momentos, debía sufrir un ataque de imbecilidad, porque, de otro modo, no se comprende…

El doctor Frolo Vankoe también se hacía la misma pregunta, que por qué se había casado con aquella arpía. Se había enamorado, quince años atrás, de una muchacha alta, esbelta, atractiva, simpática, amable… y después de tres lustros, lo que tenía al lado era una mujer que pesaba casi el doble, habladora, gruñona, antipática, celosa y carente en absoluto de amabilidad, de paciencia y de comprensión. El doctor Vankoe comprendía perfectamente a los casados que asesinaban a sus mujeres y, en ocasiones, pensaba amargamente si no iba a tener que recurrir a procedimientos expeditivos para librarse de aquella furia que se decía su esposa.

El coche, suspendido por repulsión electromagnética, lo que hacía innecesarias las ruedas, se deslizaba suavemente a unos centímetros del suelo. De pronto, Vankoe tuvo que parar unos instantes a fin de dejar paso a un voluminoso camión de transporte.

Entonces, su mirada recayó casualmente en el rótulo de una tienda.

CAPÍTULO II

—¿Es cierto que duplican todo? —preguntó el doctor Vankoe al día siguiente.

—Sí, señor —respondió el dueño de la tienda.

—Pero ¿todo, todo?

—En efecto, señor. Duplicamos todo.

—¿Absolutamente todo? Si yo le trajera un elefante, ¿me lo duplicaría usted?

T'Bong se echó a reír.

—Tendría que agrandar la tienda, pero se lo duplicaría.

—¿Y una ballena?

—¿Cuántas ballenas quiere usted?

—¿Qué me dice de duplicar este anillo de boda?

Vankoe se lo quitó del dedo y lo puso en manos de T'Bong. El hombrecillo lo contempló un momento y luego se metió en el interior de la tienda. A los dos minutos, regresaba con dos anillos.

—Apuesto a que no sabe distinguir cuál de ellos es el original —dijo T'Bong.

Vankoe asintió pensativamente. Había hecho la prueba con el anillo, debido a que T'Bong no podría reproducir la inscripción interior en pocos momentos. Una pluma o un reloj, normales, como los que él usaba, podían tener ya su doble listo en la trastienda. El anillo de bodas, no.

—Amigo mío, no le preguntaré cómo hace usted las cosas, pero sí me gustaría me dijese algo muy interesante: ¿Puede duplicarme a mí?

—Llevaría algo más tiempo, pero lo haría sin dificultad.

—¿Cuánto más tiempo?

—Oh, entre doce y veinticuatro horas, no puedo fijar un plazo con

absoluta exactitud. Pero antes de veinticuatro horas, sí, seguro; tendría su doble.

—¿Cuál es el precio del doble de una persona?

T'Bong estudió críticamente al doctor, un hombre también bajo, aunque no tanto como él, delgado, de unos cuarenta y cinco años y en excelentes condiciones físicas.

—A mil doscientos diecisiete el kilo, peso total, es decir, incluyendo las ropas. En el precio se cuentan también los gramos.

—Mi peso es…

—Dispongo de una báscula —dijo T'Bong.

—Admite cheques, supongo.

—No hay objeción.

—Y… ¿puede empezar ahora mismo?

T'Bong extendió una mano.

—Tenga la bondad de pasar —dijo—. Señor…

—Doctor Vankoe, Frolo Vankoe.

—Por aquí, doctor Vankoe.

Los dos hombres penetraron en un cubículo de unos tres metros de lado, con el techo de cristal translúcido, del que provenía la luz difusa y nada deslumbrante, que permitía ver con toda claridad los objetos. Vankoe se situó sobre una báscula.

—Su peso total, en estos instantes, es de sesenta y tres kilos y seiscientos veintisiete gramos —dijo T'Bong—. Dada su complexión y sus características personales, el precio, como dije antes, es de mil doscientos diecisiete «garants», moneda galáctica unificada. En total… —T'Bong utilizó una calculadora adosada a la báscula—, setenta y siete mil cuatrocientos treinta y cuatro. Despreciamos los centésimos, no hace falta ser tan exacto —concluyó, sonriendo.

—Muy bien, empiece cuando guste, amigo.

—Aquí, doctor.

Vankoe se situó en determinado punto de la pared. T'Bong se fue a la opuesta y aplicó la palma de la mano a un cuadrado de color rojo fuego.

Delante del cliente brilló una luz azul intensísima, durante una fracción de segundo. Vankoe quedó momentáneamente deslumbrado, pero se le pasó pronto.

—Ya está —dijo T'Bong.

—Muy bien, ahora mismo le extenderé un cheque. Una pregunta,

amigo mío.

—¿Sí?

—¿Es preciso que el cliente venga en persona para encargar su duplicado?

—Oh, puede hacerme una petición por correo, acompañando una fotografía del cuerpo entero y, naturalmente, el peso. Si trata de engañarme, la duplicadora no funcionará.

—O sea, le envían la fotografía y el dinero, usted duplica al tipo…

—Y el doble va luego a la casa del cliente.

—Fantástico, muy interesante —calificó Vankoe.

Minutos más tarde, salía de *El Ojo Mágico*.

Estaba contentísimo. Había tenido la mejor idea de su vida.

Mucho mejor que el divorcio. Conocía bien a su mujer; en el supuesto de que ella hubiese accedido, no le habría dejado en paz jamás y le habría perseguido eternamente, como un mastín a su presa.

Era la mejor solución, finalizó así sus alegres pensamientos. Y, de puro contento que se sentía y olvidándose por completo de que estaba en la calle, dio una voltereta completa sobre sí mismo.

* * *

Por enésima vez, leyó la tarjera que tenía en las manos. Al recordar la forma en que la había conseguido, sintió una arcada y se vio obligado a apretar los labios.

La tarjeta decía:

JEREMY J. JONES
Perspectiva Bozer, 4.771

Jones empezaba a comprender en parte los motivos del error. Después de mucho pensárselo, había decidido que sería conveniente visitar al sujeto cuya tarjeta de visita había encontrado en uno de los bolsillos de la ropa del doble que se había convertido en jarabe.

Todo —«o, por lo menos, casi todo», había pensado—, coincidía. Él también se llamaba Jeremy, de donde el diminutivo de Jerry, y su segundo nombre, Joseph, empezaba por J y, por si fuese poco, tenía el archivulgar apellido de Jones. Vivía en la Perspectiva Boccer y el número de su casa era el también el 4.771.

Lo que no comprendía era por qué alguien había fabricado un doble

exacto de él. Tenía la impresión de que el otro Jones no podía parecérsele en absoluto. Al menos, no tan exactamente.

Y ahora estaba en el 4.771 de la Perspectiva Bozer, dispuesto a entrevistarse con el dueño de la tarjeta, hallada en las ropas del doble convertido en líquido. «Ahora sí que se puede hablar de una persona liquidada», se dijo, mientras cruzaba el portal.

Era un edificio de gran lujo. Incluso disponía de conserje de carne y hueso, cuando en la mayoría de las casas era un trabajo desempeñado por robots.

La renta, calculó, no debía ser una minucia precisamente. Jones era un tipo con dinero. Saltaba a la vista.

Se acercó al mostrador del conserje. Este era un tipo imponente, de dos metros diez de estatura y ciento treinta kilos de peso.

—Busco a Jeremy J. Jones —dijo el joven—. ¿Puede indicarme su apartamento?

—Lo siento, señor. El señor Jones se marchó ayer a la ciudad.

—¿Puede decirme…?

—No. El señor Jones canceló su contrato de arrendamiento y no dejó su nueva dirección.

—¡Qué rabia! ¡Ahora que había dado con él…!

El joven, sorprendido, se volvió. El conserje también miró a la autora de aquellas frases que expresaban una gran decepción.

Era una muchacha de veintitantos años, de notable estatura y cuerpo muy bien formado, con el pelo corto y leonado y unos preciosos ojos de color marrón muy claro, tanto que, en ocasiones, parecían amarillos.

—¿Usted también busca a Jeremy J. Jones?

—Sí —dijo la chica—. Me parece que no soy la única, ¿verdad?

—Temo que los dos hayamos perdido el tiempo —sonrió Jones—. El caballero por el que nos interesamos ha juzgado conveniente evaporarse.

—Es una terrible contrariedad. Ahora no sé dónde encontrarle… ¿Puede decirme por qué lo busca usted, señor…?

—Aunque le parezca extraño, me llamo exactamente igual que el hombre que tanto nos preocupa, y si lo busco es por…

Jones se dio cuenta de que el voluminoso conserje escuchaba con avidez. Como no tenía ganas de divulgar el suceso de que había sido protagonista en parte, agarró a la chica por un brazo y la sacó a la calle.

—Señorita… —empezó a decir.

—Bossuth y el nombre es Negella —contestó la muchacha.

—Muy bien, señorita Bossuth. Usted parece muy interesada en encontrar a Jones.

—Es cierto.

—Y yo también. Por tanto, le propongo un trato.

Negella le miró de frente.

—¿Qué trato?

—Usted me dice por qué le busca, yo le cuento también mis motivos y luego, si resulta conveniente, unimos nuestros esfuerzos para buscar a ese truhan.

Negella dudó un instante. Delante de sí tenía a un hombre que andaba por los treinta años, bastante alto, fornido y de rostro feo, pero atractivo.

Al fin, sonrió y dijo:

—De acuerdo, trato hecho, señor Jones.

—Entonces, empiece por llamarme Jerry. Verá, sucedió ayer…

Repentinamente, un hombre que estaba delante de ellos, pareció volverse loco y dio una voltereta en el aire. Cayó de pie, extendió los brazos y exclamó:

—¡Hale, hop!

Jones se quedó estupefacto.

—¡Doctor Vankoe! —exclamó.

* * *

Frolo Vankoe sonrió al detenerse frente a la pareja.

—Hombre, pero si es mi antiguo discípulo Jerry Jones. Jerry, ¿qué tal te encuentras? ¿De dónde has sacado esa beldad que te acompaña? Oye, voy a darte un consejo: disfrútala todo lo que puedas, pero no te cases con ella.

Negella soltó un gritito de indignación.

—Pero ¿qué está diciendo este hombre? ¿Quién se ha creído que soy yo?

—Eh… esto… Negella, no se lo tome así. El profesor Vankoe es un bromista… Dice a todo el mundo que no se case, pero él picó hace quince años.

—Sí, «piqué» y estoy arrepentido —contestó Vankoe—. Por fortuna, he podido liberarme… Jerry, ¿sigues viviendo en el mismo sitio?

—Sí, doctor.

—¿Doctor o profesor? —preguntó Negella.

—Doctor, pero también profesor de la Universidad —contestó Vankoe, guiñó un ojo—. Y ahora, un hombre libre, enteramente libre.

Por segunda vez, volvió a dar una voltereta. Al recuperar la posición normal, lanzó una alegre carcajada.

—Yo también me voy a divertir hoy —exclamó—. Jerry, aprovéchate y no seas tonto. Adiós, guapa; si no estuvieses con ese buen mozo, ibas a saber lo que es bueno…

Vankoe se alejó silbando una alegre melodía. Negella se sentía pasmada y también furiosa.

—¿Y eso es todo un profesor de Universidad? —exclamó.

—Mujer, no conviene tomarse las cosas demasiado en serio. Vankoe es una autoridad en el campo de la Biofísica, pero también posee un excelente sentido del humor. Sin embargo, creo que nos estamos desviando de la cuestión principal. Habíamos hecho un pacto, creo recordar.

—Sí —respondió ella—. Pero me parece que la calle no es el lugar más adecuado para conversar de temas importantes.

—Mi apartamento está a menos de mil metros…

Negella le miró oblicuamente.

—Yo me hospedo en el *Hotel de los Mil Mundos* —dijo—. Habitación 305… Pero podemos charlar en el comedor, durante la cena.

Jones frunció el ceño.

—En ese hotel se alojan casi exclusivamente los forasteros —dijo.

—Lo has adivinado —sonrió Negella—. Soy de Scimathon IV.

—Bien venida a la Tierra —dijo él—. ¿Vamos a cenar?

—Con mucho gusto.

* * *

—De modo que tu doble se convirtió en líquido —dijo Negella, media hora más tarde.

—Jarabe, muy espeté y tuve que recogerlo a cubos y tirarlo luego por el sumidero. No quiero decirte luego lo que me costó limpiar la sala, porque aún no estoy muy seguro de que haya quedado el suelo del todo aseado.

Negella entornó los ojos.

—Jerry, ¿te importaría que tomase una muestra del pavimento de tu sala?

—No, aunque me pregunto con qué objeto…

—Voy a serte sincera. Yo también ando buscando al otro Jerry Jones, aunque, por el momento, no puedo decirte los motivos. Pero tengo que encontrarlo, y pronto, si es posible.

—Negella, tus razones son tuyas y yo no te voy a apretar las clavijas para que me digas algo que quieres callar. Pero si deseas mi ayuda, estoy dispuesto a ofrecértela incondicionalmente.

—¿A qué te dedicas, Jerry?

—Soy compositor.

—¿De música?

Jones sonrió.

—De claves de comunicación melódica.

—No entiendo…

—Hace años, bastantes, se descubrió que la comunicación instantánea entre dos planetas, por radio subespacial, mejoraba enormemente si los mensajes se enviaban bajo notas armónicas. El morse resultaba demasiado sincopado cuando la distancia es superior a un año luz y las transmisiones se alteran o sufren graves interferencias que, en ocasiones, convierten el mensaje en algo ininteligible. Entonces, un tipo listo descubrió que las notaciones musicales, al carecer de las soluciones de continuidad propias de los puntos y rayas del morse, mejoraban enormemente las transmisiones subespaciales, hasta el punto de ahorrar un veinte de potencia de salida, por lo menos. Bueno, ello fue el origen de los compositores de claves musicales. Y yo soy uno de ellos.

—Es decir, compones melodías que son mensajes.

—Mejor dicho, la clave para los mensajes. Pero no resulta conveniente la repetición de una frase musical, aunque puede hacerse, desde luego. Y, por tanto, la melodía tiene que ser prácticamente distinta desde el principio al final.

—¿Una melodía para cada mensaje?

—No. A determinados intervalos, la melodía cambia. No olvides que estamos hablando de claves. Y a nadie le interesa que se conozca el mensaje, salvo al expedidor y al receptor.

—Y el autor de la música.

—Tampoco. Yo creo una melodía que dura, digamos, treinta minutos. Envío el papel pautado y el expedidor acopla su mensaje a las

notas. Parece sencillo, pero es preciso saber mucha música para conseguir una buena clave.

—Y eso, ¿se paga bien?

Jones sonrió.

—El año pasado, compuse cuatro claves. Fueron dos meses de duro trabajo. Pero tengo suficiente para vivir tres años sin dar golpe.

—¡Qué hombre! —se admiró ella. De pronto, entornó los ojos—. Y un tipo te duplicó…

El joven adoptó una expresión de ira.

—Me duplicó y no pienso descansar hasta que lo encuentre —prometió.

CAPÍTULO III

Llamaron a la puerta y Sara Vankoe acudió a abrir. Al reconocer al hombre que estaba en el umbral, montó en cólera.

—¿Se puede saber de donde vienes, libertino sujeto? Te has pasado casi veinticuatro horas sin dar señales de vida… Y yo aquí, temiendo angustiada que te hubiera ocurrido algo grave… Habrás estado refocilándote con una furcia, embriagándote abyectamente, entregado a los más pecaminosos placeres, mientras yo estoy aquí, en casa, hecha una esclava… Pero ¿hasta cuándo crees que voy a tolerar esta situación, eh, conato de hombre, vil y miserable? Tienes un cerebro privilegiado y podrías ganar dinero a espuertas, pero no, prefieres desasnar a cuatro brutos, que jamás serán nada…

El hombre dio un paso dentro de la casa.

—¡Y límpiate los pies antes de entrar! —vociferó la señora Vankoe—. Dios, estos hombres, sucios como cerdos, repugnantes como víboras lascivas… Ahora, claro, querrás que te sirva el almuerzo, con mis manos limpias, mientras tú te regodeas, viéndome trabajar hasta agotar mis fuerzas…

Repentinamente, el hombre dijo:

—Ven, acércate un poco.

Sara gritó:

—¿Qué quieres ahora, enano despreciable?

El hombre levantó la mano y le asestó una espantosa bofetada. Sara, pillada por la sorpresa, se tambaleó y estuvo a punto de caer al suelo.

—¡A callar! —gritó el doble de Vankoe—. Se acabaron los reproches a partir de este momento, bruja asquerosa.

—Frolo, no me…

El doble la abofeteó de nuevo. Esta vez, Sara giró en redondo sin

poder evitarlo y el doble aplicó su zapato a las carnosas posaderas. Sara salió despedida hacia adelante, chillando aterrada.

—No quiero oírte una palabra más —tronó él. Salió al jardín, se embarró bien los zapatos, porque había llovido la víspera, y entró pisando fuerte y manchándolo todo. Incluso se paseó por encima del inmaculado diván. Luego agarró una cortina y se limpió los zapatos, mientras ella le contemplaba estupefacta, incapaz de reaccionar.

—¿Qué haces ahí parada como una tonta? —gritó el doble—. ¡A trabajar ahora mismo! Prepárame la comida, tengo hambre. Y no quiero oírte una sola palabra de protesta, ¿me entiendes? A partir de ahora, no dirás más que sí o no, y sólo cuando yo te pregunte algo. Si vuelves a abrir la boca, ballena con patas yo…

El doble miró a derecha e izquierda. Vio un jarrón y se lo tiró a la aterrada señora Vankoe. Sara, llena de pánico, corrió hacia la cocina, mientras él sonreía satisfecho.

—Al fin se va a saber quién manda en esta casa —exclamó—. ¡Sara! —gritó de pronto.

Ella apareció a la carrera.

—Dime, maridito mío…

—¿No hay nada de beber en la casa?

—No, ya sabes que…

—Está bien, ponme el almuerzo. Mientras como, ve a la tienda y me traes una docena de botellas del mejor whisky. Ah, y una caja de cigarros, de los buenos, ¿entendido? Beberé y fumaré, porque me gusta y porque soy aquí el amo, para que te enteres.

El pie del doble entró de nuevo en acción. Sara volvió a chillar y corrió a la cocina, llena de terror ante el súbito cambio que se había operado en su esposo.

Aún habría sentido más miedo, de haber sabido la verdad.

En cambio, su auténtico esposo se hallaba en aquellos momentos despertándose en un dormitorio ajeno, con la cabeza convertida en una olla de grillos y la lengua terriblemente espesa.

—Anoche la pesqué buena —dijo, mientras hacía un esfuerzo por sentarse.

La habitación le dio vueltas unos momentos, hasta que, al fin, consiguió recobrar la estabilidad. Pasados algunos minutos, se levantó y fue al cuarto de baño, en donde con la ayuda del agua fría y unos analgésicos que encontró en un estante, pudo volver en parte a la normalidad.

Ahora ya sabía que no se hallaba en su casa. Por tanto, no le extrañó ver en la cama a una mujer que dormía como un tronco, completamente desnuda.

Vankoe soltó una risita.

—No estuvo tan mal, después de todo —dijo—. Era obvio que necesitaba una expansión.

Empezó a vestirse. Mientras lo hacía, pensó en lo que debía hacer, ahora que se sentía liberado. De pronto, recordó a Jerry Jones.

Había sido un buen discípulo, pero también, en cierto modo, un amigo. Después de visitar a T'Bong, sentía que su vida había efectuado un radical cambio de rumbo. Pese a su juventud, Jones era más experimentado y podría aconsejarle sobre su futuro comportamiento.

Lo mejor sería ir a verle. Jones era también un chico discreto. Era una cualidad que no debía echar en saco roto.

Cuando terminaba, despertó la mujer.

—¿Te vas?

Vankoe sonrió, a la vez que dejaba un billete sobre los desnudos senos de su compañera de una noche. Ella vio la cifra y se sentó de golpe.

—Oh, no, es demasiado…

Vankoe se inclinó, la besó en la mejilla y sonrió.

—Te lo has ganado de sobras, al hacer feliz a un vejestorio como yo —contestó.

—Pero si eres un muchacho…

—No me adules, encanto. Gracias otra vez.

La mujer volvió a mirar el billete cuando se hubo quedado sola.

—Lástima no caiga un cliente como Frolo al menos una vez por semana —suspiró.

* * *

Jerry Jones se acercó a la ventana y miró hacia la calle. Dudaba en salir o quedarse en casa. Negella había anunciado su visita, aunque sin concretar la hora. No le gustaba la idea de marcharse y que Negella apareciese durante su ausencia. Pero, por otra parte, acababa de surgir un compromiso y no estaba seguro de aceptarlo, aunque, dada la personalidad de su cliente, tampoco debía darle una negativa rotunda.

De pronto, vio a la muchacha.

Negella llegaba a pie. ¿Por qué no había alquilado un automóvil?, se

preguntó. Aunque la palabra automóvil seguía aplicándose en el siglo XXIV a aquellos vehículos que se deslizaban flotando a pocos centímetros del coche, los sistemas de venta y alquiler seguían siendo los mismos.

Negella parecía muy aprensiva. De cuando en cuando, observó, volvía la cabeza.

—Teme ser seguida —adivinó.

Súbitamente, dos hombres corrieron hacia la muchacha.

Negella se volvió en redondo. Llevaba un bolso que parecía un maletín pequeño, pendiente del hombro por una ancha correa. Agarró el maletín con ambas manos y lo encaró hacia los atacantes, con dos movimientos rápidos y muy breves.

Los dos sujetos empezaron a perder corporeidad a medida que corrían. Pasmado de asombro, Jones los vio transparentarse gradualmente, pero con enorme rapidez, hasta que, de pronto, desaparecieron como si jamás hubieran existido.

Sacudió la cabeza, preguntándose si estaba despierto o había visto visiones. Negella entraba en la casa y se apresuró a salir a su encuentro.

La muchacha apareció en el umbral a los pocos instantes. Después de abrir, Jones saltó a su lado.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella.

—El maletín. No me apuntes con él.

Negella sonrió.

—Lo has visto —adivinó.

—Muchacha, estamos en una época que admite cualquier cosa que sea capaz de realizarse por la imaginación y la ciencia humana. En otros tiempos, te habrían acusado de brujería.

—Oh, no ha sido tanto —contestó Negella con displicencia—. Simplemente, me he despegado de dos moscones que no me dejaban a sol ni a sombra.

—¿Policías?

—Algo por el estilo. ¿No me invitas a café?

—Ven a la cocina —indicó él.

Negella lanzó una mirada al gran piano de cola que había en uno de los ángulos de la sala. Luego siguió a su anfitrión.

—De modo que te gusta la música —dijo.

—Siempre me gustó, y no la consideré incompatible con la Física.

—Entonces, puedo decir que soy una mujer afortunada. He

encontrado al hombre apropiado.

—Muchas gracias, pero no tengo ganas de casarme todavía.

—Tonto, me refería a tu profesión.

—Ah, eso ya es otra cosa —respiró aliviado.

—No soy una mujer fea, creo —se quejó ella.

—No, sino todo lo contrario, pero… por ahora, estoy mejor soltero. De modo que me necesitas.

—¿Cuánto tiempo tardarías en componerme una clave, utilizable para mensajes de hasta dos horas de duración, con posibilidades de llegar a las doscientas cincuenta variantes?

—Más que el tiempo, preocúpate del precio —dijo Jones.

—Eres muy interesado, Jerry.

—Trabajo para vivir. Y me gusta vivir bien. Y se necesita un don especial para ser un buen compositor de claves.

—Está bien. Tiempo y precio, dímelos.

—El tiempo se reduce a cero. Tengo una clave que te puede venir que ni pintada. Aunque hace casi un año que no doy golpe, de cuando en cuando, me siento ante el piano y voy buscando grupos de notas. A veces me paso un mes sin levantar la tapa del instrumento…

—En resumen, tienes la clave.

—Sí.

—¿Y cuesta…?

Jones le entregó un pocillo humeante.

—Mil *garants* por variante —dijo.

—Un cuarto de millón.

—Y no rebajo un solo centésimo. La amistad a un lado y los dineros a otro.

—¡Materialista! —le apostrofó ella.

—No lo creas. Tu clave no es la única que tengo dispuesta. Tengo otra análoga y pienso pedir mil quinientos por variante. A ti te hago esa rebaja porque me has caído simpática, porque eres muy bonita… y porque soy un tipo generoso.

—Gracias —sonrió Negella—. Te daré un cheque…

Dejó la taza a un lado y asió el maletín. Jones dio un salto.

—¡Cuidado! —gritó, aprensivo.

—No te preocupes. Tiene un compartimento para mis objetos personales —respondió Negella.

—Pero en otro sentido, ese bolso es…

—Un generador portátil de campos temporales.

—¿Qué? —respingó el joven.

—Ya lo has oído, Jerry. Por medio de ese generador, puedo enviar a una persona a otra época distinta de la presente. Es mejor que desintegrarla con una pistola atómica, ¿verdad?

—Según se mire. ¿Qué harán ahora los dos tipos que te perseguían, en otra época? ¿Futura o pasada?

—Futura. El regreso es más difícil y, además, cabe la posibilidad de que, al encontrarse en un mundo mejor, cambien de modo de pensar.

—El hombre siempre será hombre, esté donde esté —filosofó Jones —. Empezó a ser un lobo para sus semejantes, apenas supo mantenerse sobre los pies, hace un millón de años, y aunque ahora no use hachas de sílex o quijadas de asno, sigue siendo un lobo. Pero, en fin, esos tipos están en el futuro… ¿a cuántos años de distancia?

—Oh, no muchos, unos trescientos —contestó Negella con indiferencia.

—Que sigan allí —se estremeció el joven—. Pero no uses conmigo ese maldito cacharro, ¿estamos?

—Tú no me has dado motivos para usarlo. De modo que doscientos cincuenta mil.

—Justamente, encanto.

Negella firmó el cheque y se lo entregó a Jones, quien lo guardó de inmediato.

—Ahora mismo te entregaré la clave…

Pero en aquel momento, llamaban a la puerta y tuvo que abrir. Segundos más tarde, lanzaba una exclamación de asombro:

—¡Profesor Vankoe!

CAPÍTULO IV

—Y esto es todo lo que me ha sucedido —explicó el visitante—. La verdad, no sé si he hecho bien o no… De momento, me sentí completamente liberado; Sara, mi esposa, se había vuelto insoportable en los últimos años y el divorcio no sería solución. Bueno, quiero decir que ella no me lo concedería, y tampoco voy a estrangularla; no tengo madera de criminal.

—Por todo lo cual, hizo que le duplicaran —dijo Jones.

—Sí.

—¿Y se lo creyó, profesor?

Era Negella, quien se había quedado en el apartamento, ya que Vankoe no había puesto ninguna objeción a su presencia.

—Por supuesto que me lo creí…

—Pero eso no puede ser —dijo la muchacha.

—A mí me vas a decir si puede ser o no —contestó Vankoe—. Para cerciorarme de que T'Bong no me había engañado, fui a mi casa apenas me encontré en condiciones de moverme. Confieso que primero pensé venir aquí, a verte a ti, Jerry, pero se me ocurrió que no podría relatarte lo que me ha pasado, si no tenía una verdadera certidumbre de que T'Bong había cumplido su promesa.

—¿Y bien, profesor? —dijo el joven.

—Mi doble está en mi casa.

Jones se volvió hacia la muchacha.

—¿Creías que era falso o tratabas de desviarnos de la cuestión? —preguntó incisivamente.

Negella se puso colorada.

—Lo que sucede es… Bien, resulta demasiado complicado para que lo entiendan ambos —respondió—. Y no tengo autorización de mi

gobierno, para revelar ciertos detalles.

—Ah, eres un agente oficial de Scimathon IV.

—Lo admito, Jerry.

—Negella, ¿sabes que puedes verte en apuros con el gobierno de la Tierra, si actúas en un lugar donde no tienes jurisdicción?

—Tampoco es necesario que vayamos dando cuatro cuartos al pregonero —replicó la muchacha vivamente—. En boca cerrada no entran moscas, me parece y más vale prevenir que curar, que es lo que yo trato de hacer aquí.

Jones se volvió hacia Vankoe.

—Profesor, ¿se fija en lo bien que ha aprendido los giros de nuestro idioma? ¡Con refranes, incluidos!

—Oh, si es un agente secreto en territorio enemigo, tiene que aprender bien los usos y costumbres del lugar en que debe actuar.

—¡La Tierra no es nuestro enemigo! —protestó Negella.

—Estábamos hablando del doble del profesor —recordó el joven—. Yo también tuve un doble, pero por muy poco tiempo, porque se convirtió en líquido, y aún ignoro qué le sucedió. Pero, gracias al profesor, sabemos dónde, se fabrican esos dobles. Aunque no cómo, claro.

—Bueno, primero me pesó… Dijo que era para el precio, a mil *garants* el kilo, incluyendo las fracciones del gramo… Luego me tomó una fotografía de cuerpo entero…

—¿Cuándo fue eso, profesor? —preguntó Negella.

—Ayer, a las dos de la tarde, aproximadamente.

—Y hoy estaba ya el doble en su casa.

—T'Bong mencionó un plazo entre doce y veinticuatro horas. Yo he ido recién pasado el mediodía y el doble ya estaba allí.

—Bueno, de usted, al menos, tomó el peso y una fotografía. Pero ¿y yo? —clamó el joven—. ¿Cómo pudo duplicarme, si no me había visto en la vida?

—Se confundió con otro Jerry Jones…

—Sí, eso ya lo sé y el doble vino precisamente a mi casa. Hubo una confusión, pero no en la figura física.

Negella hizo un ademán.

—Hay un medio de solucionar este enigma —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Jones.

—Yendo a «El Ojo Mágico». Lo mejor es hablar con su dueño, ¿no le

parece, profesor?

Vankoe se puso en pie de inmediato.

—No perdamos tiempo —exclamó.

—Eh, Jerry, antes de salir, dame algo que ya te he pagado —reclamó la muchacha.

—Es cierto. Perdona, lo había olvidado…

Momentos después, Negella tenía la partitura de la clave en su poder. Inmediatamente, el trío abandonó la casa y se encaminó a la tienda denominada «El Ojo Mágico».

* * *

El agente Peter Cornish inició su ronda, paseando tranquilamente por una de las calles de su distrito. Allí conocía a todo el mundo y, mientras caminaba, saludaba a las numerosas personas con las que se cruzaba en el trayecto.

Al cabo de un rato, se detuvo, profundamente pensativo. Había algo extraño en la calle y no sabía qué era. Estuvo unos momentos inmóvil y luego, de pronto, giró en redondo y retrocedió unos metros, deteniéndose delante de un lugar por el que acababa de pasar hacía muy poco.

Durante un minuto largo, contempló el hueco existente entre dos casas. Era un barrio muy viejo y algunos de sus edificios tenían tres y cuatrocientos años, aunque los distintos municipios se habían ocupado de que se conservasen en perfecto estado. Para los habitantes del siglo XXIV pasear por un lugar que se hallaba en las mismas condiciones que en los siglos XIX y XX resultaba en ocasiones sumamente atractivo.

Pero en aquellos momentos, el agente Cornish no pensaba precisamente en el turismo ni en la conservación de los edificios antiguos. Porque estaba delante de un hueco en donde, la víspera y los días precedentes, había existido una modesta tiendecita, denominada *El Ojo Mágico*.

La tienda había desaparecido y el edificio en que se hallaba instalada, también. Había sido una casa de una sola planta, con paredes medianeras a las contiguas. Los muros laterales se hallaban en perfecto estado y el suelo, aunque no de asfalto o cemento precisamente, tenía la lisura de un espejo.

Cornish se sentía terriblemente perplejo. La víspera había pasado por allí unas cuantas veces y la tienda estaba aún, lo recordaba

perfectamente. Había entrado a las cuatro de la tarde de ronda, retirándose a las diez. A esa hora, la tienda, aunque cerrada ya, estaba todavía en su sitio.

—Habrán demolido el edificio, para construir otro —calculó a media voz.

Aunque si era así, alguien se iba a llevar un gran disgusto, puesto que era una zona en la que estaban prohibidas por ley todas las obras nuevas. Y si alguien había comprado el solar para especular, se iba a arruinar, porque el municipio no le permitiría la construcción de un nuevo edificio.

Para salir de dudas. Cornish entró en la taberna de Rog Elton, antiguo conocido suyo, situada inmediatamente después de la tienda desaparecida. Elton saludó efusivamente al agente y le propuso tomar un trago.

—Rog, sabes que no puedo beber, estando de servicio —contestó Cornish severamente, pues era muy cumplidor—. Pero gracias, de todos modos, y me apunto esa cerveza para cuando termine el turno. Ahora, dime, ¿qué diablos ha pasado con la tienda de al lado?

Elton se encogió de hombros.

—No lo sé, Pete —contestó—. Cuando abrí la taberna, ya sólo quedaba el solar.

—Seguramente, la demolieron por la noche, ¿eh?

—Eso creo yo.

—¿Viste algo?

—No, nada, Pete.

—Pero habrás oído algún ruido…

—Nada en absoluto —contestó Elton.

—Mira, Rog, en estos tiempos, hay máquinas absolutamente perfectas y totalmente silenciosas, y cabe que, al demoler ese edificio, no hicieran el menor ruido. Pero eso ha ocurrido por la noche y los operarios tuvieron que hablar… Maldita sea, conozco el paño y habría un condenado capataz que se pasaría el tiempo jurando y espoleando a los obreros…

Elton movió la cabeza, de derecha a izquierda.

—Tengo permiso para estar abierto hasta las dos de la madrugada —contestó—. Cerré un poco antes, porque no había clientes, pero, a la una y media, créeme, no había máquinas trabajando ni cosa que se le parezca. Me levanté, vi el solar vacío, sin la casa… y eso es todo.

—Bueno… —Cornish se rascó la cabeza, lleno de perplejidad—.

Tendré que informar al sargento de mi demarcación. El sabrá cómo entendérselas con los urbanistas y conservadores del municipio. Gracias, Rog.

—Ven al terminar a tomarte la cerveza, Pete.

Cornish salió a la calle y volvió a situarse ante el hueco que había entre las dos casas. En aquel momento, llegaba un automóvil, ocupado por tres personas, que desembarcaron de inmediato.

Vankoe lanzó una exclamación de asombro. Jones abrió la boca. Negella parpadeó repetidas veces.

—Increíble —dijo el profesor—. La tienda ha desaparecido como si jamás hubiese existido.

Cornish se volvió al oír el comentario de Vankoe.

—¿Acaso buscan al propietario de *El Ojo Mágico*? —preguntó.

—Sí, guardia, lo buscamos, en efecto —respondió Jones.

Cornish meneó la cabeza y dijo:

—Ya somos cuatro, porque a mi también me gustaría saber adónde ha ido a parar el señor T'Bong.

* * *

Puesto que la taberna de Elton estaba a un paso, decidieron entrar a conferenciar. Vankoe quería desquitarse de los tiempos de abstinencia a que había estado sometido y pidió un doble de whisky. Jones prefirió la cerveza.

—Yo quiero un batido de *snorkwsbryk* —dijo Negella.

Elton puso una cara de idiota imponente.

—¿Un batido…? ¿De qué, señorita?

Negella se ruborizó.

—Oh, olvidaba que estaba en la Tierra… Tráigame un batido de fresa con limón.

—Sí, señorita.

Jones se echó hacia atrás en la silla, cuando el tabernero se marchaba y lo agarró por un brazo.

—La chica es forastera —murmuró discretamente—. Añada al batido de fresa y limón dos cucharaditas de col fermentada, media de pimienta blanca y otra media de vinagre. Eso es el batido de *snorkwkryk*.

—Ah, ya… ¿Cree que le gustará? —dudó Elton.

—Amigo, en cada planeta tienen sus gustos peculiares.

—Sí, claro…

Vankoe levantó una mano.

—Bueno, empecemos a discutir el asunto. Usted, señorita Bossuth, ¿tiene alguna idea sobre el particular?

—Debe tenerla, porque hay otros agentes secretos que la andan persiguiendo y, me imagino, el asunto de los seres duplicados, tiene mucho que ver con sus problemas. Y con la clave que me ha comprado —dijo Jones.

—Es que… es un asunto tan… peliagudo… —contestó ella, vacilante.

—Vamos, somos amigos y no te vamos a traicionar, sea lo que sea. ¿Por qué no lo sueltas de una vez?

—Se trata de una conspiración de altos vuelos, Jerry.

—Sí, política, ya me lo imaginaba. Pero ¿cuál es el meollo de la cuestión?

—Quieren sustituir al actual presidente por un doble. Hay un grupo de conspiradores, que no se sienten conformes con el presidente de Scimathon IV, debido a su independencia de criterio.

—En resumen, quieren un presidente de paja, un muñeco de cuyos hilos puedan tirar ellos a su gusto —terció Vankoe.

—Exacto.

—Y se han venido a duplicarlo a la Tierra —dijo el joven.

—Sí.

—¿Y por qué no en Scimathon?

—Bueno, allí no se sentían del todo seguros… y aquí es más fácil duplicar a las personas. Tengan en cuenta que la máquina está en periodo de experimentación —respondió Negella.

—O sea, todavía tiene fallos.

—En efecto, así es.

—Eso explica por qué mi doble se derritió como si fuese de cera, pero no aclara en absoluto por qué han de experimentar aquí, en la Tierra —dijo Jones.

—Es bien sencillo. Primero, tenemos el número de habitantes, menos de cincuenta millones en Scimathon IV, contra los miles de millones de terrestres. Y, en segundo lugar, ciertos aparatos, aquí, son mucho mejores que los de Scimathon. Quiero decir que la tecnología terrestre está mucho más adelantada y…

Elton llegó en aquel momento con una bandeja. Jones se aplicó a la

cerveza. Vankoe empezó a darle al whisky. Negella tomó una cucharilla, la llenó de lo que había en la enorme copa que tenía ante sí y se la llevó a la boca.

Jones se sentía fascinado. Había querido gastarle una broma a la muchacha y ella parecía disfrutar enormemente de aquella inmunda bazofia.

—Está bien —dijo Vankoe—. A lo que parece, T'Bong, que forma parte del grupo de conspiradores, había instalado su estación duplicadora en la casa de al lado. Pero ya no está. Y deberíamos buscarlo, me parece.

Negella pareció concentrarse en sí misma durante unos momentos. Luego dijo:

—Podría conseguirlo, pero necesitada ciertos permisos para utilizar determinados instrumentos. No puedo hacerlo sin permiso de mi gobierno.

—¿Y quién te lo va a dar, aquí, en la Tierra? —preguntó Jones.

—Entre otras cosas, para eso te compré la clave. Cuando la tengan allí, podré enviar un mensaje. Pero eso tardará días, quizá una semana…

—Mientras llega la respuesta, podríamos hacer otra cosa —propuso Vankoe.

—¿Sí, profesor?

—Examinar a mi doble.

Jones meditó unos segundos.

—Se necesitaría un biólogo de confianza…

—Jerry, olvidas con quien estás hablando —se enojó Vankoe.

—Oh, sí, claro. Dispense, profesor, pero, ¿cómo lo hará?

—Lo primero que hemos de conseguir es que salga de casa. Entonces, yo ocuparé de nuevo mi puesto. Luego, con un pretexto, nos reuniremos en el laboratorio que tengo en la universidad y allí haré el trabajo.

—Estupendo, aunque, ¿qué dirá su esposa? —sonrió Jones.

Vankoe hizo una mueca.

—A esa gorda la voy a ajustar las cuentas en cuanto me la eche a la cara —aseguró.

—Bien —dijo la muchacha—. Entonces, ¿a qué esperamos?

Jones abonó la cuenta. Negella se puso en pie, abrió su bolso, sacó una moneda y se la entregó a Elton.

—Amigo mío, hace usted los batidos de *snorkwsbryk* como nadie. Ni en mi propio planeta lo sabrían mejorar —dijo.

Elton balbuceó unas palabras de gratitud. Pero cuando sus clientes salían, agarró al joven por un brazo.

—Llévela a un médico inmediatamente —aconsejó—. Si no le hacen un lavado de estómago, ese brebaje le hará un agujero como el puño en las tripas.

—No se preocupe, en Scimathon tienen estómagos de avestruz y digieren las piedras —contestó Jones en el mismo tono bajo.

Momentos después, emprendían la marcha a la casa del profesor. Cuando ya llegaban, el joven le dio un consejo:

—Muéstrese duro, profesor…

Jones, como muchos de los discípulos de Vankoe, conocía sus problemas conyugales, por lo que el científico no se molestó por la recomendación.

—Descuida, muchacho. Hoy va a saber mi mujer lo que es bueno —contestó fanfarronamente.

CAPÍTULO V

Vankoe se asomó cautelosamente por una de las ventanas. Sí, allí estaba su doble, retrepado en el sofá, con un vaso de whisky en una mano, un cigarro en la otra y los pies encima de una mesa baja.

—Increíble —musitó.

Lentamente, se deslizó hacia la puerta y tocó el timbre. El doble se levantó, cruzó la sala, abrió y sacó medio cuerpo fuera. Entonces, un puño se batió sobre su nuca y cayó hacia adelante.

Jones le recogió en brazos. Vankoe saltó hacia adelante.

—Me reuniré con vosotros muy pronto. Jerry, ya sabes adónde debes llevar el doble.

—Descuide, profesor.

La puerta se cerró. Jones cargó con el doble y lo puso en el asiento posterior. Negella se sentó a su lado.

—Bueno, vamos allá.

—¿Crees que sacaremos algo? —preguntó la muchacha.

—Eso te lo dirá el profesor —repuso Jones.

En aquel momento, Vankoe estaba saboreando el whisky y el cigarro que su doble no había podido concluir. Su esposa apareció momentos después.

—La cena estará dentro de quince minutos, cariñito —dijo, hecha un tarro de miel—. Ensalada, truchas, pierna de cordero, melón helado, dulces, café y licor estomacal. ¿Deseas algo más? Si no te gusta este menú, puedo preparar otro…

Vankoe la miró estupefacto. ¿Cómo era posible que aquella arpía hubiera cambiado tan radicalmente, de la noche a la mañana?

¿Acaso el doble…?

—No, ya está bien —respondió, displicente—. Ah, y a partir de

ahora, empieza a cuidar tu dieta. Te sobran treinta kilos por lo menos y, si me gustan las mujeres rellenas, detesto las ballenas. ¿Entendido?

—Sí, amor mío. Perderé el exceso de peso…

Vankoe movió la mano.

—Anda, pon la mesa, me estoy muriendo de hambre. Ah, y esta noche, tengo que salir. No me esperes levantada.

—Como tú digas, cielo.

—Y si veo que me esperas con el rodillo de amasar, te lo quitaré y te lo haré masticar hasta que lo conviertas en serrín y te lo tragues todo, ¿entendido?

—En esta casa, tú eres el rey, amor mío.

«Pues, Señor, aún tendré que agradecerle a mi doble el cambio que ha conseguido en Sara», pensó Vankoe. Y luego se preguntó cómo estaría «hecho» por dentro.

—Esta misma noche tendré la respuesta —murmuró, mientras se disponía a disfrutar del licor y del cigarro.

* * *

De pronto, Negella dijo:

—Para, Jerry.

El joven se arrimó a la acera. Negella saltó, se acercó a un buzón de correos y depositó en su interior un grueso sobre.

—Ya está —dijo.

—Ya está, ¿qué?

—La clave, hombre. Acabo de depositarla en el correo.

—Pero ¿es que envías por correo ordinario una cosa tan importante? —se asombró él.

—La mando a la Embajada. Ellos se ocuparán de la transmisión por espaciostato, lo cual, naturalmente, es más lento, porque tiene que ser retransmitido por las distintas estaciones de escala. Bueno, ya sabes, el procedimiento normal para envío de documentos diplomáticos.

—Y luego, la clave musical, por onda subespecial, permite la transmisión instantánea de mensajes.

—Exacto.

—No está mal —dijo el joven.

—Ventajas de vivir en esta época, Jerry.

—No creas. A veces pienso que me habría gustado vivir en algún

siglo pasado, cuando ante el hombre todavía se ofrecían perspectivas de aventura y había nuevas tierras por descubrir. Entonces, la vida tenía muchos alicientes…

—Pero también se perdía con más facilidad.

—Ese es el riesgo de la aventura, y el que no esté dispuesto a afrontarlo, que se quede en casita.

—Jerry, los tiempos han cambiado ya y no se puede volver atrás, por mucho que se desee. Debemos amoldarnos a la época en que nos ha tocado vivir.

—Sí, es verdad —suspiró él—. Pero, a veces…

—No seas nostálgico —le reprochó Negella—. ¿Falta mucho para llegar al laboratorio?

—Diez minutos escasos.

—¿Nos dejarán entrar?

—Claro. El profesor habrá avisado ya a los vigilantes. No habrá obstáculos.

Negella se reclinó en el asiento.

—Me gusta tu planeta, Jerry.

—Gracias, dulzura.

—Pero en Scimathon también se vive bien.

—Me lo supongo.

—Y hay mucha menos gente…

—Pero también hay conspiradores, me parece.

—Oh, es un asunto que no afecta a la inmensa mayoría de la población. Sólo unos cuantos estamos en el secreto de lo que sucede. Los demás, como puedes comprender, no están escondidos en sus casas, aguardando a que cese el temporal.

—Pero si triunfasen los conspiradores, la vida de las gentes ordinarias podría verse afectada por la nueva clase de gobierno.

—Eso si es verdad. Y por eso trato de evitarlo.

—¿Tú sola? —dijo Jones con sorna.

—Entre otros, claro.

—Y con enemigos que quieren meter un palo en una de las ruedas de tu coche.

—¿En una sola? ¡En todas, Jerry! Son muy peligrosos.

—¿Y no te dan miedo?

—Sí, pero considero que es mi deber y no puedo abandonar el caso —contestó ella con sencillez.

—Admiro a las mujeres valientes. En el fondo, ellas son las que movieron el mundo hacia adelante. Un día, en Scimathon elevarán un monumento en tu honor. Estará cubierto por la bandera del planeta… ¿Cuáles son los colores de Scimathon?

—Rojo, con un sol de oro en el centro, rodeado por cinco discos de plata, más pequeños, que simbolizan los cinco planetas del sistema.

—Bueno, habrá discursos de personalidades, enaltecerán tu obra y alguien tirará de un cordón y la bandera será retirada y el monumento quedará al descubierto. Una banda tocará el himno nacional y la gente aplaudirá.

—¿Lo veré yo? —preguntó ella irónicamente.

—Claro. Serás una encantadora ancianita, de pelo blanco, apoyada en un bastón, y llorarás de emoción al recordar viejos y felices tiempos. Estarás con tus numerosos hijos y tus aún más numerosos nietos y biznietos, y hasta te concederán el glorioso título de «Madre de la Patria». Y ese acto, será la culminación de toda una vida dedicada a Scimathon.

Negella le miró oblicuamente.

—Pareces un adivino, prediciendo el porvenir…

De pronto. Jones, exclamó:

—¡Ya llegamos!

Detuvo el coche junto a la acera, al otro lado de la cual había un extenso trozo cubierto de césped y con abundantes árboles, que apenas si permitían ver los edificios de la Universidad.

—Menos mal que ahora estamos de vacaciones —murmuró, mientras se apeaba.

Abrió la portezuela trasera y tiró hacia sí. Entonces, una cascada de líquido amarillento, muy espeso, brotó del suelo del coche y, deslizándose por la calzada, desapareció a través de un cercano imbornal de alcantarilla.

* * *

—Algo falla, es evidente —dijo Jones más tarde, mientras Negella servía café a los dos hombres.

Vankoe asintió, sumamente preocupado por las noticias que había recibido apenas llegado a su laboratorio, en donde la pareja había decidido aguardarle.

—Sí, en los dobles hay algo que no funciona como es debido —

convino el profesor—. Pero ¿ninguno de los dos se dio cuenta de que mi doble se había liquidado?

—Estábamos entretenidos con nuestra charla…

Vankoe se volvió hacia la muchacha.

—Que, naturalmente, trataría de cualquier tema, menos del que nos interesa —dijo ácidamente.

—¿Y por qué íbamos a tratar continuamente del tema? —protestó Jones—. Habíamos capturado al doble, estaba seguro con nosotros… ¿Cómo diablos podíamos suponer que se iba a convertir en jarabe?

—¡Jerry, por Dios! —exclamó Negella, poniéndose una mano en la boca.

—Lo siento, nena. Pero no se me ocurre otra expresión… —de súbito, Jones chasqueó los dedos—. Oiga, profesor, no todo está perdido —añadió.

—¿Qué se te ha ocurrido, Jerry?

—Bueno, el jarabe… quiero decir, el líquido en que se había convertido el doble, fue a parar a la cloaca… pero algún rastro habrá quedado en el piso de mi coche… Podrá analizar.

Vankoe hizo un gesto negativo.

—No servirá de mucho —dijo—. Lo necesitaba entero. Hubiera hecho radiografías, análisis de sangre, de orina; exámenes cardiológicos y cerebrales, reacciones a diversos estímulos… Es el cuerpo entero lo que nos interesa, porque, una cosa es segura: el doble, mientras se halla en estado normal, ofrece un comportamiento normal. Sí, podemos averiguar algo de la sustancia de que ha sido hecho… pero, repito, es la persona completa la que nos interesa realmente.

Negella extendió los brazos en un claro movimiento de desánimo.

—Pues no sé cómo vamos a conseguir pescar un doble que no se licue —exclamó.

—Hay un procedimiento, pero puede llevar mucho tiempo —dijo el joven.

—¿Cuál, Jerry?

—Encontrar a T'Bong y su *Ojo Mágico*.

—Si, pero ¿dónde está?

Vankoe se puso en pie.

—Bien, en vista de que no se puede hacer nada, me vuelvo a casa. —Lanzó una risita—. La vida se ha vuelto para mí de pronto muy interesante, con una esposa que me obedece como una auténtica esclava

del siglo XVIII. Es una sensación maravillosa y quiero volver a disfrutar de ella nuevamente.

Vankoe se marchó. Jones y Negella quedaron solos.

—¿Qué podemos hacer ahora? —exclamó la muchacha, desalentada.

Jones la empujó hacia la puerta.

—Te acompañaré a tu casa —dijo—. Y tal vez consiga yo algo por mi cuenta.

—¿Cómo, Jerry?

—Tengo un amigo que… Bueno, hace mucho tiempo que no lo veo. Su carrera y la mía han seguido rumbos muy dispares. Pero sé que es hombre ordinariamente bien informado, aunque escasamente accesible. Trataré de comunicarme con él, venciendo la resistencia de sus secretarios, y me esforzaré por conseguir que me reciba.

—¿Me avisarás en cuanto sepas algo?

—Descuida, nena.

Una hora más tarde, Jones se disponía a entrar en su apartamento. De pronto, vio a un hombre que se le acercaba.

—¿Es usted Jeremy J. Jones? —preguntó el individuo.

—Sí, en efecto…

El hombre sonrió. Alarmado, Jones vio que el desconocido llevaba un maletín análogo al de Negella.

—Entonces, señor Jones, ¡buen viaje al siglo XXX!

CAPÍTULO VI

Contra lo que había esperado, no sintió ningún dolor.

Una serie de ondas invisibles, silenciosamente atronadoras, le envolvieron en el acto. Jones creyó que una mano de infinito poder le asía con sus dedos y luego lo lanzaba a distancias inconmensurables.

Las estrellas desfilaron vertiginosamente ante sus ojos, convertidas en rayas luminosas de todos los colores, que aparecían y desaparecían como relámpagos alargados. A veces, creía caer en una sima sin fondo, pero, en otros momentos, se sentía disparado hacia arriba, como un cohete.

Aquellas sensaciones duraron un cortísimo espacio de tiempo. De repente, Jones se encontró caído en un suelo blanco, liso y pulido.

El suelo cedió ligeramente bajo su peso. En alguna parte, sonó una nota musical que se expandió durante largos segundos. Las vibraciones le envolvieron por completo y luego se disiparon gradualmente.

Al cabo de unos momentos, logró sentarse en el suelo. Sacudió la cabeza. Todavía vibraban en su mente las palabras del desconocido:

—¡Buen viaje al siglo XXX!

¿Esto era el siglo XXX? —se preguntó.

Miró a su alrededor. El suelo blanco, rayado, estaba interrumpido a intervalos regulares por unos salientes negros, alargados asimismo y de sección trapezoidal.

Frente a él, tenía un enorme murallón de color marrón rojizo, pulido y brillante, que se alzaba a muchos metros por encima de su cabeza. El suelo blanco, con los salientes negros, parecía perderse de vista en el infinito.

Tenía que averiguar dónde se hallaba, decidió. Avanzó unos pasos y, de pronto, notó que el suelo se inclinaba ligeramente y luego vibraba, a

la vez que el aire se llenaba de un sonido musical muy intenso, pero, extrañamente, nada dañino para sus tímpanos.

La pendiente del suelo no era muy acusada y pudo llegar hasta el borde de la zona blanca y brillante. Entonces, se dio cuenta de que estaba junto a un profundísimo abismo y, asustado, retrocedió vivamente.

El fondo del abismo se hallaba a enorme distancia y el suelo era muy extraño, de tonalidades cromáticas nunca vistas antes. ¿Qué extrañas mutaciones se habían producido en la superficie del planeta, seiscientos años más adelante de su época?

Miró hacia arriba. La bóveda celeste era extrañamente blanca. Y disponía de cuatro soles, que emitían una luz muy brillante, pero sin radiaciones térmicas.

Le extrañó no ver nubes. Tampoco pudo divisar árboles o vegetales de otras clases. Angustiado, pensó en una catástrofe ocurrida en el futuro de su época y a causa de la cual, el planeta se había convertido en un mundo absolutamente desierto.

De pronto, cuando menos lo esperaba, oyó una voz:

—Señor Jones, ¿se siente bien?

* * *

La voz parecía provenir de todos los sitios al mismo tiempo. Jones experimentó cierta sensación de alivio. Al menos, en aquel mundo desierto, no estaba solo.

—Sí, le oigo bien pero ¿quién es usted? —contestó a grito pelado.

—Mi nombre no le diría nada, aunque, si lo prefiere, puede llamarme Richard. Pero, para que se dé una idea de mi identidad, le diré que soy amigo de Amur T'Bong.

—¡El dueño de *El Ojo Mágico*!

—Exacto. Señor Jones, tiene que dispensarnos. Algo ha fallado en el aparato de traslación temporal.

—Sí, seguramente, no querían enviarme tan lejos, ¿verdad? Oiga, ¿esto es el siglo XXX?

—Pues… si, es el siglo XXX. Pero las cosas no salieron como esperábamos.

—Menos lo esperaba yo —refunfuñó el joven—. Bueno, al grano, ¿qué quieren de mí?

—La clave musical que le vendió a Negella Bossuth.

—Ah, conque era eso… ¿Y por qué no me la pidieron en mi propia época, Richard?

—Hombre, compréndalo. Cuando una persona es arrancada a su tiempo, siempre se siente más inclinada a cooperar, a fin de conseguir el regreso de su época.

—A eso se le llama tortura psicológica, si no me engaño —dijo el joven.

—Sí, lo admito —contestó Richard—. Pero trate de entendemos; este asunto es muy importante para nosotros.

—¿Ustedes? ¿Los que quieren hacer un doble del presidente de Scimathon?

—Se lo ha dicho esa parlanchina, ¿eh? Bueno, son distintas formas de entender la política…

—¡Pero yo soy terrestre y la política de Scimathon me importa un pepino! —protestó el joven a voz en cuello.

—Desgraciadamente, al vender su clave musical a Negella, ha intervenido en la política de nuestro planeta. Por tanto, debe atenerse a las consecuencias.

—Muy bien, acepto la parte de responsabilidad que me corresponde. Y ahora, por favor, dígame que quieren de mí.

—Es bien sencillo: la clave musical que vendió a Negella.

—Podrían pedírsela a esa chica, ¿no?

—Ya la envió por correo y no podemos interferirla. Negella desconoce la partitura por completo.

—Y yo no me acuerdo del todo…

—Sí, se acuerda, no sea embustero, señor Jones.

—Le juro que no…

—Mire, amigo mío —dijo Richard calmosamente—, nosotros podríamos conseguir la clave, simplemente mediante una exploración mental de su subconsciente. Pero sería un método muy duro y su cerebro podría sufrir daños irreparables.

—¡Caramba, no me gustaría convertirme en un leño!

—Entonces, como su respuesta acerca de que no recuerda completamente la melodía no es creíble, interprételа al piano y así evitará el sondeo de su mente.

—Bueno, pero ¿dónde está el piano?

—Usted está situado sobre el teclado, señor Jones.

* * *

La comprensión acerca de la situación en que se encontraba tardó algunos segundos en penetrar por completo en la mente del joven. Cuando Jones se dio cuenta de la amarga realidad, lanzó un alarido de pánico.

—¡Eso no puede ser! ¡Ustedes no tienen derecho a reducirme a un tamaño casi microscópico! ¿Quién les ha autorizado para jugar con mi cuerpo? ¿De dónde han sacado el permiso para hacer diabólicos experimentos conmigo?

—Señor Jones, tiene que dispensarnos —contestó Richard—. Se lo dije antes: algo había fallado en el aparato de traslación temporal.

—Y ese fallo se refiere a mi tamaño…

—Lamentablemente, sí, señor Jones.

El joven comprendió entonces todo lo que le había sucedido: las notas musicales, la inclinación de aquella superficie blanca y pulida, que no era sino una tecla… las cosas largas y negras que sobresalían y que eran las otras teclas…

Y el cielo blanco era el techo y los soles brillantes pero fríos era otras tantas lámparas de una habitación. El suelo multicolor, situado aparentemente a cientos de metros, era una vistosa alfombra…

—Richard —rugió.

—Sí, señor Jones.

—Voy a proponerle un trato.

—Con mucho gusto. Diga, por favor.

Jones se cruzó de brazos.

—Ustedes quieren la melodía clave. Yo quiero volver a mi tamaño normal.

—Correcto, señor Jones.

—Pues bien, no habrá melodía si antes no me vuelven a mi dimensión normal. Y en mi época, ¿entendido?

Hubo un instante de silencio. Luego, Richard dijo:

—No sé si podré aceptar. Son unas condiciones muy duras.

—Lo siento, pero no tiene otra alternativa.

—Recuerde lo que le dije: podemos hacerle un sondeo mental.

—¡Bah! ¡Pamplinas, Richard! No conseguirían nada, salvo volverme en un madero con piernas. ¿Sabe?, puesto que me dedico a componer claves para mensajes secretos, la AMCCPMS me sometió previamente a

un acondicionamiento contra sondeos mentales, tras haber superado las pruebas que me permitieron ingresar en esa entidad.

—¿Qué significan tantas letras, señor Jones?

—Asociación de Músicos Compositores de Claves Para Mensajes Secretos. Y estamos muy bien defendidos; si me causan el menor daño, la Asociación les perseguiría judicialmente y les haría encerrar en la cárcel de por vida.

Richard pareció sentirse muy impresionado por aquellas palabras. Jones deseaba que no se diera cuenta de que se trataba de una gigantesca mentira.

Y trató de remachar el clavo:

—Ustedes están aquí clandestinamente. Lo que menos les interesa es entrar en conflictos con una entidad pública terrestre. Bueno, no pertenece al Estado, pero tiene carácter de sociedad pública y protegida legalmente. La opinión se alzaría contra unos extranjeros, que causan daños a los nativos y…

—¡Basta, señor Jones! —cortó Richard—. No puedo prometerle nada; lo consultaré y ya le daré mi respuesta.

—Saludos a T'Bong —sonrió el joven.

—Si, se los daré —mascculló Richard.

Volvió el silencio. Jones se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra una de las teclas negras.

Allí ocurría algo raro, se dijo. Para ser trasladado a otra época, ¿será indispensable ser reducido de tamaño?

A juzgar por las dimensiones de las teclas, él media menos de dos centímetros de altura. Lo cual significaba que su tamaño actual era cien veces menor del normal.

Entornó los ojos. Extrañamente, se sintió invadido por la paz y el sosiego infinitos. Allí se estaba muy bien, pensó, segundos antes de dormirse.

Cayó en un profundo sueño, del que le despertó inesperadamente un agudísimo sonido.

* * *

Sobresaltado, se puso en pie, mirando a todas partes. El sonido se repitió.

Giró en redondo. Chorros de sudor brotaron en el acto de su frente. El sonido no era sino el chillido de una rata, situada al extremo del

teclado, cuyos ojillos le miraban malignamente.

El roedor le pareció un mastodonte antediluviano, debido a la diferencia de tamaños. Calculando por las dimensiones de los demás objetos que formaban parte de la decoración, la rata medía al menos veinte centímetros de largo y tenía cuatro o cinco de altura.

Era como enfrentarse, en su tamaño normal, a un elefante dotado de enorme agilidad… y de unos poderosísimos colmillos.

Tragó saliva. No llevaba encima ni un mal cortaplumas y, en todo caso, ¿de qué le hubiera servido? Su única salida estribaba en encontrar alguna rendija… Pero no en el piano, sino en el suelo, debajo de la alfombra, por ejemplo. Sin embargo, no podía tirarse desde el piano al suelo; se estrellaría irremisiblemente…

De súbito, oyó un atroz sonido, que torturó cruelmente sus tímpanos. Antes de que pudiera percatarse de lo que sucedía, una masa gigantesca de pelos blancos y negros saltó sobre el teclado.

El piano estalló en un discordante estruendo que le pareció iba a derrumbar el edificio, Jones cayó al suelo y se arrastró rápidamente, envuelto en atroces vibraciones que le hacían convulsionarse, como si estuviera sometido a los más espantosos tormentos.

Aquella cosa blanca y negra dio un par de saltos más sobre el teclado. La rata lanzó un chillido, dio media vuelta y escapó, perseguida por su ancestral enemigo el gato.

Jones quedó en la misma posición, con las manos en las orejas, temblando de pies a cabeza, mientras el piano, inarmónicamente sacudido, continuaba emitiendo vibraciones, por fortuna cada vez menos intensas.

Pasó un buen rato antes de que se sintiera mejor. El peligro se había alejado merced a la providencial aparición del gato. Pero la presencia de aquellos dos animales en la casa le hizo pensar mucho.

Debía de tratarse de una casa abandonada y solitaria, que ya nadie cuidaba o, en todo caso, muy poco. En tales lugares solían existir ratas… y gatos en estado poco menos que salvaje. Si Richard no solucionaba pronto su crítica situación, el futuro se le presentaba más bien oscuro, pensó, lleno de pesimismo.

Repentinamente, oyó una voz:

—Conforme, señor Jones.

El joven se puso en pie.

—Conforme, ¿en qué?

—Usted me facilita la clave y yo le devuelvo a su estado normal.

—Perdón, Richard, pero el trato es: primero, volverme a mi época y a mis dimensiones habituales. Después, la clave. ¿Entendido?

—Sí, señor Jones. Lo voy a hacer ahora mismo. ¿Preparado?

—Cuando quiera, Richard.

Casi de golpe, Jones volvió a su tamaño normal.

Pero entonces ocurrió algo inesperado: estaba encima del piano y éste no pudo resistir sus casi noventa kilos de peso y cedió, con gran estruendo de maderas astilladas y cuerdas que vibraban inarmónicamente.

CAPÍTULO VII

Alguien se quejó amargamente a pocos pasos de distancia. Jones trató de salir de aquel montón de ruinas. Uno de sus pies se enredó en un par de cuerdas y las teclas fueron sacudidas varias veces, produciendo varias notas nada melódicas.

Entonces vio a Richard.

Era un hombrecillo de poco más de un metro cincuenta de estatura, casi calvo, con bigote y barbita en punta y de cejas muy picudas. Richard parecía abrumado por el desastre.

—Oh, no… —se lamentó el individuo—. Soy una calamidad andante, el más catastrófico de los espías…

—¿Qué está diciendo, Richard? —se asombró Jones.

Richard se sentó en una butaca. Casi parecía ir a llorar en cualquier momento.

—Soy un fracaso —continuó—. Había conseguido lo más importante y… Siempre me pasa lo mismo, ¿sabe, señor Jones? Consigo realizar los trabajos más difíciles y, en el último momento, ¡plaf!, la torpeza que todo lo echa a rodar…

—Vamos, vamos, no se aflija, Richard —dijo el joven con acento comprensivo—. Quizá podamos arreglar las cosas…

—Lo dudo mucho. Ya lo he echado todo a perder, señor Jones. Ahora usted no podrá darme la clave musical… Fíjese en el piano; está hecho una ruina. Me va a costar un dineral pagarles otro nuevo…

—¿A quién, Richard?

—A los dueños de la casa. Es alquilada, ¿sabe?

Jones buscó una silla y se sentó a horcajadas, frente al sujeto.

—Richard, ¿por qué no hablamos claramente usted y yo, eh? De hombre a hombre, con toda confianza, sin ocultarnos nada. Creo que así

ganaríamos ambos más que si nos peleáramos como enemigos encarnizados, ¿no le parece?

—Pero ¿cómo se va a entender conmigo, si soy el hombre de la mala suerte? Cada vez que intento algo, lo estropeo irremediablemente… Fíjese en el aparato de traslación temporal. Quise retocarlo, para que el viaje por el tiempo fuese cortísimo, unos días tan sólo, y lo único que conseguí fue convertirlo en un reductor de dimensiones.

—Pero me trajo a esta casa, Richard.

—Oh, porque usted había perdido el sentido y yo me lo eché a un bolsillo. Despertó porque le dejé en el piano, que era un sitio donde podía verle fácilmente.

Jones frunció el ceño.

—Richard, ¿qué es lo que hace usted realmente? —preguntó.

El hombrecillo le dirigió una mirada llena de aflicción.

—Soy un espía particular —dijo—. Actúo por mi cuenta. Supe que la chica le había comprado una clave y me dije que si conseguía averiguarla, podía ganarme una verdadera fortunita.

—Vendiéndola a los conspiradores, ¿eh? Esos que quieren sustituir al presidente de Scimathon.

—Señor Jones, Negella es una idealista. Los que la tienen a su servicio, son tan desaprensivos como los adversarios. Si sustituyen al presidente por un doble, nadie lo notará, en primer lugar; pero tampoco lo lamentarían, si se conociese la verdad. Tan sinvergüenzas son los unos como los otros; lo que pasa es que a los que están actualmente en el poder, no les interesa que otros les sustituyan. El presidente no es un muñeco, pero todos tiran de los hilos que lo mueven; y si consiguen sustituirlo por un doble, los otros harán exactamente lo mismo. Política, pura política, un asco, en suma, señor Jones.

—O sea que a usted no le importa quién manda —dijo el joven, asombrado.

—En Scimathon, no, mientras las cosas no se arreglen, y soy muy escéptico —contestó Richard.

—En cierto modo, no le falta razón —convino Jones—. Pero si se dedica a espía particular… Oiga, antes dijo que iba a consultarlo…

—Era una mentira. Estoy solo. Quería dar la impresión de que era una organización muy poderosa.

—Sin embargo, sabe muchas cosas, Richard.

—Eso sí es cierto.

—Y, ¿cómo las averigua?

—Perdone, pero es mi secreto. Uno debe preservar sus fuentes de información —contestó el sujeto orgullosamente.

—Está bien, Richard. Por lo que he podido deducir, usted trabaja exclusivamente por dinero. ¿No es así?

—Cierto.

—Si hubiera conseguido la clave, ¿cuál iba a ser su ganancia?

—Oh… unos seiscientos millones de *kavorthtibsnten.*

Jones respingó.

—¿Qué ha dicho?

—Es la moneda de Scimathon. Pero el cambio no es muy favorable. El *kavorthtibsnten* está a cien mil con la moneda terrestre.

—Vaya, así que sólo hubiera ganado seis mil…

—Sí, pero un simple bocadillo, que aquí vale medio *garant*, en Scimathon cuesta sólo diez *kavorthtibsnten*. O sea que, con ese medio *garant* tengo para cinco mil bocadillos… Y así todo en proporción, comprende, señor Jones.

—Eso es algo que no me había preocupado —respondió el joven—. Richard, voy a hacerle una proposición.

—Sí, señor.

—¿Quiere ser espía para mí? Sueldo, cincuenta diarios y una recompensa de diez mil al terminar el caso. ¿Qué le parece?

—¡Diez mil! Eso serían mil millones de…

—No, no pronuncie otra vez ese enrevesado nombre —cortó Jones —. Le daré esa suma, más los cincuenta diarios, pero usted espiará a mi favor.

—¡Trato hecho! —aceptó el hombre de inmediato—. ¿Qué es lo que debo hacer?

Jones se lo dijo. Richard meditó unos instantes.

—Trataré de conseguirlo —dijo al cabo.

—Muy bien. Yo le daré el número de mi videófono… Oh, pero si lo sabe ya de sobra, ¿no es así?

—En efecto.

—Muy bien, Richard, voy a darte para tus primeros gastos. Considéralo como un «extra», fuera de lo acordado.

Jones sacó unos billetes y los puso en las manos del espía. Ya se disponía a abandonar la casa, cuando, de pronto, recordó algo.

—Richard, ¿es ése tu verdadero nombre?

—En la traducción terrestre de mi nombre, sí.

—¿Y el apellido?

—17-R

—¿Qué? —respingó el joven.

—Es que mi apellido tiene ochenta y nueve letras y, sin embargo, es bastante común. Por tanto, yo soy el decimoséptimo del mismo apellido, en la serie R.

—Oh, Dios, qué mundo —se horrorizó el joven—. Entonces, Negella, que se hace llamar Bossuth…

—Esa lo tiene fácil. En realidad, el apellido es 53-B, lo que significa que es relativamente poco común. Pero a ella le resulta muy sencillo, porque empieza precisamente con esas siete letras, Bossuth, lo cual resulta casi terrestre.

—De tipo húngaro, diría yo. Y, ¿cuántas letras siguen a Bossuth?

—Oh, no muchas, unas trescientas setenta y dos.

—¡Richard! No te burles de mí —rugió Jones.

—Pero si le digo la verdad… Conozco apellidos que tienen mil setecientas letras…

—Vamos, vamos a la calle o acabarás por volverme loco. Richard, si quieres volver rico a tu planeta, búscame a T'Bong y a su maldita fábrica de dobles. ¿Entendido?

—Lo buscaré —contestó el hombrecillo, sacando el pecho orgullosamente.

* * *

Aunque ya un poco tarde, Jones decidió visitar al amigo mencionado en una de sus conversaciones con la muchacha. Se llamaba Rock Stenn y tenía una taberna mucho mejor que la de Elton y no estaba demasiado lejos del lugar que, hasta entonces, había ocupado *El Ojo Mágico*.

Eran casi las doce de la noche cuando aparecía por el local, con no demasiada clientela en aquellos momentos. Detrás del mostrador automático, había una mujer de unos treinta años, alta, de hermosos pechos, pelo negro y mirada penetrante.

—Hola —dijo ella—. ¿Qué desea?

—Un trago. Y haga el favor de llamar a Rock.

La morena presionó una tecla. Los mecanismos automáticos pusieron delante del joven un vaso de whisky.

—Lo siento —dijo ella—. Rock no contesta a las llamadas.

—¿Puedo saber qué le pasa?

—Todavía no he visto a ningún muerto que conteste cuando le llamen. Y no creo en los espíritus. Ah, me llamo Yuzzia Stenn.

Jones parpadeó.

—No sabía que Rock tuviese una hermana —manifestó.

—Soy su viuda. Aunque no llegué a ser su esposa.

El joven se pasó una mano por la cara.

—Yuzzia, ¿quiere explicarme…?

—Rock me debía dinero, bastante dinero. No podía pagarme y acordamos jugarnos la deuda contra su local.

—A las cartas, claro.

—No. Jugamos al todo o nada. La deuda y la vida. Pero antes, por si perdía él, tuvimos que casarnos, a fin de evitar problemas con la herencia. Gané yo.

Jones despachó el vaso de un trago.

—¿Qué clase de todo o nada? —preguntó.

—Conductores eléctricos de alto voltaje. Dos, claro, pero ninguno sabíamos cual estaba conectado a la corriente. Perdió Rock.

—Debe de hacer bastante tiempo… Claro que también hace mucho que no lo veía…

—Un año. ¿Cómo te llamas?

—Jerry Jones.

—Tengo una vaga idea de haber oído tu nombre… ¿Buscas información?

—Si no te importa…

—Te juego la información al todo o nada —dijo ella de pronto.

—¿Por qué he de jugar, si no sé si tu información vale la pena que arriesgue el pellejo?

Yuzzia sonrió maliciosamente.

—Quizá de este modo podría conseguir una buena pista para que encontrases al otro Jerry Jones —contestó.

El joven se atiesó.

—¿Qué clase de todo o nada? —repitió.

Pero ahora lo preguntaba para sí mismo. Lo cual era muy diferente de querer saber cómo lo había jugado otro.

—El mismo procedimiento —respondió Yuzzia.

—Con una condición adicional.

—Dime, Jerry.

—Si gano yo… Bien, la clase de juego lo dice bien claro: todo o

nada.

—Es verdad.

—Entonces, no se hable más, Yuzzia. ¿Dónde están los contactos?

Ella se metió dos dedos en la boca. Al oír el penetrante silbido, los escasos clientes que aún quedaban se volvieron en el acto.

—Muchachos, vengan —gritó la morena—. El amigo Jerry y yo vamos a jugarnos el tipo al todo o nada.

Hubo una estampida general hacia el extremo de la sala en donde se hallaban los electrodos.

CAPÍTULO VIII

Vivían en un mundo deshumanizado, sin conciencia, pensó Jones. Lo tenían todo y, en realidad, no tenían nada, porque, en general, las gentes carecían de conciencia y de estimulo. En la vida ya no había alicientes para la inmensa mayoría de la población.

El juego del todo o nada admitía infinidad de variantes, tantas como se le ocurriesen a los jugadores. Desde las dos bombas de mano, una con explosivo y otra vacía, a la lucha con cuchillos, uno de los cuales era de goma que imitaba muy bien al acero; desde el vaso de agua con o sin veneno, al revólver con una bala vacía y la otra cargada. Algunos preferían la electricidad, como Yuzzia; otros empleaban aeromóviles y mochilas con paracaídas. Pero una de las mochilas estaba trucada y el paracaídas no se abría. Las variantes eran infinitas, tantas como era capaz de inventar la torturada y hastiada mente humana.

Jones se acercó a la pared, donde estaban las dos empuñaduras de metal, una de ellas conectada a la corriente de alta tensión. La otra resultaba perfectamente inocua. Las reglas del juego exigían que uno de los contendientes agarrase primero su electrodo. Si se salvaba, su rival debía empuñar el otro electrodo. Y no cabía que retrocediese, porque entonces los espectadores, que al mismo tiempo servían de testigos, solían linchar al cobarde.

—Echaremos una moneda al aire —dijo Yuzzia—. El que acierte, tocará primero el electrodo de su preferencia.

—Claro —accedió el joven.

La moneda se decantó del lado de Jones. Los ojos de éste contemplaron fijamente los dos electrodos. Dio un paso a la derecha y luego otro a la izquierda. Al fin, sonrió, alargó una mano y agarró la empuñadura elegida.

—¡Ha acertado! —gritaron los espectadores.

—¡Yuzzia, carbonízate! —rugió un individuo.

Jerry se volvió hacia la mujer. Yuzzia estaba muy pálida, pero no había el menor signo de temor en su rostro.

—Está bien, he perdido —dijo.

Pero Jerry se interpuso delante.

—El juego es de todo o nada —dijo—. Yo te perdono la vida, pero tú y todo lo que tienes es mío a partir de este momento.

Yuzzia respingó. Sonaron algunas risitas.

—Hombre, pues no es mala solución… —comentó alguien.

—Es la solución que más agrada —declaró Jones. De pronto, chasqueó los dedos—. El local es mío —añadió—. Y ya se ha cerrado, así que largo todos de aquí —ordenó.

Los clientes empezaron a marcharse. No había camareros, debido a que el servicio era automático. Yuzzia, intrigada, aguardaba la decisión del ganador.

—Cierra la puerta —dijo Jones.

Ella obedeció.

—¿Y ahora? —preguntó.

Jones sonrió, a la vez que la miraba de pies a cabeza.

—Me perteneces —le recordó.

—Es cierto.

—Y eres muy guapa.

—Mis habitaciones privadas… tus habitaciones, perdón, están en el primer piso.

—Guíame, por favor.

Jones despertó bien entrada la mañana siguiente. Bostezó unas cuantas veces. Yuzzia continuaba dormida. Fue al baño, se aseó, se vistió a continuación y fue a la dispensadora de alimentos, que le sirvió una taza de café. Al terminar, regresó al dormitorio y palmeó el desnudo final de espalda de la morena.

—Yuzzia, despierta, me voy.

Ella se sentó en la cama. Echó hacia atrás su frondosa cabellera y le miró con sorpresa.

—¿Adónde te vas? —preguntó.

—Bueno, me has dado información y he de utilizarla, eso es todo.

—¿Cuándo volverás?

Jones sonrió.

—Hice trampa —contestó.

—¿Qué? —gritó ella.

—Entiendo un poco de electricidad —Jones señaló la hebilla de su cinturón—. El voltaje es demasiado intenso y, a un metro, se perciben las descargas que el electrodo emite continuamente. Así supe dónde debía agarrar.

—Vaya una sorpresa… A mí nunca se me hubiera ocurrido…

—Esos electrodos pueden causar problemas, si no rebajas la tensión —dijo él—. Cualquier día, un tipo que lleve demasiado metal en su indumentaria, pasará cerca y saltará una chispa que lo quemará en el acto. Con mil quinientos voltios tienes más que suficiente.

—Bueno, haz que lo arreglen…

—No. Hice trampa y no me considero ganador. Pero, como pueden plantearse problemas, seguirás al frente del local. Si te preguntan, di que eres mi empleada. Por lo demás, puedes guardar las ganancias.

Yuzzia sonrió.

—Eres un tipo estupendo, mucho mejor que tu doble.

—¿Qué dices? —se sorprendió él.

—Estuvo aquí. Y pasó una noche conmigo. ¿De dónde crees que he sacado tanta información?

—Ya —murmuró el joven—. Bueno, hazte cuenta de que has conocido a dos hermanos gemelos…

Yuzzia hizo un gesto despectivo.

—El otro no se te parece a ti más que en la cara. En lo demás… un leño.

Jones se echó a reír.

—¿De veras?

—No lo he dicho, por vergüenza. Pero llegó a la habitación, se metió en la cama y a los veinte segundos, dormía como un tronco. Y eso no es todo, Jerry.

—¿Hay algo más?

—Sí. Aprovechando que estaba dormido, le examiné y…

—¿Y…?

—Era completamente… «liso». Tú me entiendes, ¿verdad?

Jones se inclinó y la besó en una mejilla.

—Te entiendo perfectamente —contestó—. Cuida bien mi negocio.

—Vuelve pronto —solicitó Yuzzia ardientemente.

* * *

Negella no estaba en su apartamento. Jones la encontró en la casa del doctor Vankoe.

La muchacha se sentía furiosísima.

—Casi veinticuatro horas, sin tener noticias tuyas…

Sara Vankoe trató de calmarla.

—No te excites —dijo—. Hay que ser comprensiva con los hombres. Habrá tenido sus motivos para estar tanto rato ausente, ¿no es así, Jerry?

—Sí, señora —contestó el joven—. Y tú, Negella, si supieras las cosas que me han pasado y las que he conseguido averiguar, te portarías de una forma muy distinta. Además, en ciertos asuntos, no tengo que rendirte cuentas de lo que hago. ¿O es que no puedo tener mis momentos de expansión?

—A saber con quién te habrás «expansionado» —contestó ella mordazmente.

—Con una mujer, puedes tenerlo por seguro —dijo él sin inmutarse —. Aparte de eso, me secuestraron tus adversarios. Bueno, uno de ellos, pero, para el caso, da lo mismo.

Vankoe saltó de su asiento.

—¿Te secuestraron?

—Sí. Un tipo quiso enviarme al futuro, para amedrentarme y así conseguir la clave musical que le había vendido a esta jovencita intemperante y gruñona, pero, se equivocó y en lugar de trasladarme de época, me redujo de tamaño.

—¡Fantástico!

—¿Es cierto? —preguntó Negella.

—Absolutamente. Pero lo mejor de todo es que conseguí atraerle a nuestras filas, si es que sirve la expresión.

—Sirve perfectamente —dijo Vankoe—. ¿Qué has conseguido, muchacho?

—El espía, Richard, está buscando el escondite de T'Bong. Trabajaba para ellos, pero, como es independiente y actúa por su cuenta, ha decidido, repito, unirse a nosotros. Claro que me costará algún dinero, pero ya te pasaré la factura, no te preocupas, Negella, porque supongo que tu gobierno te habrá dado dinero para gastos.

—Sí, aunque debidamente justificados, como puedes suponer —dijo la joven.

Jones alzó la vista al techo.

—La burocracia —suspiró—. En todo el universo, es la misma plaga…

—Al grano, al grano —exclamó Negella, impaciente—. ¿Qué más has averiguado?

—Algo muy interesante, sobre todo, desde el punto de vista biofísico —contestó él, con la mirada fija en Vankoe—. Profesor, los dobles son asexuados.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo quien tuvo ocasión de comprobarlo *de visu.*

—¿Lo vio desnudo? —se sorprendió Negella.

—Sí.

—¿Quién era?

—Una mujer…

—¡Qué desvergüenza! —clamó la muchacha.

Vankoe alzó una mano.

—Calma —rogó—. El doble, ¿accedió a desnudarse? —inquirió.

—No. Se fue a la cama con ella, pero no le hizo nada y se puso a dormir. Entonces, mi informadora, curiosa y decepcionada, aprovechó el sueño para saber por qué, siendo tan atractiva, mostraba indiferencia hacia ella su huésped ocasional. Entonces fue cuando lo vio «liso».

—Curioso —murmuró—. Un doble perfecto en todo, menos en el aspecto sexual. ¿Por qué?

—Debe de ser porque, al duplicar una persona, no consideran necesario el estímulo de propagación de la especie.

—Y a ti te lo dijo esa mujerzuela, pero tú no te comportaste como tu doble —dijo Negella ácidamente.

—No soy «liso» —contestó el joven sin inmutarse.

Negella se sofocó.

—¿Ha oído usted, profesor? ¿Se da cuenta de la clase de cínico que tenemos aquí?

Jones se puso las manos en los costados.

—Pero, bueno, ¿quieres que te ayudemos o sólo has venido a la Tierra a largar sermones morales? —se enojó—. Lo hacemos voluntariamente, sin la menor obligación hacia ti… y todavía te quejas y nos insultas y…

—Está un poco nerviosa —intervino Sara—. Se ha pasado la noche en vela, aguardándote, Jerry. No se lo tomes en cuenta, por favor.

—Está bien, pero que ponga algo de su parte, ¡caramba! —dijo el

joven malhumoradamente—. Además, lo que he averiguado no es como para sentir demasiado entusiasmo hacia su misión.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó Negella.

—Mi informador dijo que el presidente de Scimathon, el actual, claro, no es tampoco una persona digna de demasiado crédito.

—Es un hombre estupendo, justo, benévolo…

—¡Ta, ta, ta…! —dijo Jones, escéptico—. Los informes que tengo yo son muy distintos.

—Porque te lo dio un adversario político.

—No, no es enemigo de tu presidente. En este asunto, es neutral. Trabaja por dinero y, lógicamente, como la política le tiene sin cuidado, puede contemplar las cosas con toda imparcialidad. Si el posible «doble» del presidente va a ser una marioneta, movida por ciertos sujetos, el actual no es mucho menos independiente. Pero, claro, las opciones sobre pensamiento en política, son legítimas.

—A mí me interesa el aspecto científico del caso —dijo Vankoe—. ¿Cómo diablo duplican a un ser humano? Eso es lo que yo quiero averiguar.

—Tendremos que aguardar a que hayamos localizado al buen señor T'Bong —contestó Jones—. Entonces, podremos preguntárselo directamente.

—¿Y hemos de estar mano sobre mano, sin hacer nada, hasta ese momento? —dijo Negella, desalentada.

Jones bostezó fingidamente.

—En cuanto a mi, confío por completo en mi informador y voy a dejar pasar veinticuatro horas antes de hacer nada.

—Es decir, aguardas a que te llame ese individuo.

—Si, justamente.

—¿Y si no te llama?

—Ya pensaré en algo. Señora Vankoe, ¿no tiene por ahí un poco de pan y algo de fiambre? Estoy desfallecido…

Sara se echó a reír.

—Ven a la cocina, muchacho —indicó.

Jones se volvió hacia el profesor y le guiñó un ojo.

—Después de todo, es una excelente persona —dijo, refiriéndose a la anfitriona.

—Tal vez, en parte, la culpa era mía, porque me había dejado absorber demasiado por el trabajo —contestó el profesor—. No la hacía

demasiado caso y…

—Tiene que conquistarla de nuevo —rio el joven, mientras seguía las huellas de Sara rumbo a la cocina.

Todavía irritada, Negella agarró su bolso y se encaminó hacia la puerta.

—Yo me marcho —anunció—. No puedo permanecer quieta, sabiendo que, en cualquier momento, el presidente de Scimathon puede ser sustituido por un doble. No sé qué es lo que haré… pero algo haré, téngalo por seguro, profesor.

—Sea prudente, muchacha —fue todo lo que dijo Vankoe.

CAPÍTULO IX

Negella regresó al hotel, completamente molida, después de casi veinticuatro horas de continuas gestiones, durante las cuales lo único que había conseguido era un formidable dolor de pies y agujetas en las piernas. Llegó a su cuarto, se desnudó y se sumergió en un relajante baño, con el objeto de eliminar en lo posible el cansancio que la agobiaba.

Durante media hora, permaneció en la bañera, con el agua hasta el cuello. Luego se puso en pie y empezó a secarse. En aquel momento, sonó la campanilla del videófono.

Inmediatamente, echó a correr. Perdió la toalla por el camino, pero, su impaciencia era demasiado grande y no quiso entretenerse a recogerla. Llegó a la salita y dio el contacto.

El rostro de Jones apareció instantáneamente en la pantalla.

—Hola, guapa —dijo sonriendo—. Tengo buenas noticias para ti… ¡Caramba!, vaya espectáculo —exclamó de pronto.

Tremendamente sofocada, Negella se dio cuenta de que el objetivo de su videófono captaba la mitad superior de su cuerpo. Entonces, se cubrió los senos con las manos.

—Se me cayó la toalla… Pero no te fijes en mí, sátiro —contestó vivamente—. ¿Cuáles son las noticias, Jerry?

—Prudencia es mi lema —contestó el joven—. No puedo decirte más por videófono, pero ¿cuánto tardarás en estar arreglada?

—Un cuarto de hora… ¡No, diez minutos! ¡Cinco, Jerry!

—No rebajes como los charlatanes —rio él—. Tardaré mi buena media hora en llegar al hotel. Aguárdame en la puerta.

—Descuida. Ah, y gracias por todo…

—¿De veras quieres darme las gracias, encanto?

—Sí, claro.

—¡Entonces, quita las manos de donde las tienes!

Negella soltó un bufido.

—Eres un…

Pero Jones había cortado ya la comunicación y ella pudo sentirse más aliviada. Cuando el rostro del joven desapareció de la pantalla, separó las manos de su pecho y se contempló críticamente de la cabeza a los pies.

Sonrió.

—La verdad es que no estoy tan mal —murmuró.

—¿Cómo que no estás mal? —dijo Jones de pronto—. ¡Estás como un tren!

—¡Jerry! —chilló ella—. Creí que habías cortado…

—Oh, no, sólo me separé del objetivo. Pero tengo un espejito y…

Furiosa, Negella alargó la mano y presionó la tecla de cierre.

—Es un obseso sexual —dijo, muy enojada.

Pero luego recodó el motivo principal de la llamada y corrió a vestirse.

Jones apareció puntualmente a los treinta minutos. Negella lo vio llegar en su automóvil y corrió hacia el vehículo. Él tenía abierta ya la portezuela. Ella se colocó en el interior de un salto. El automóvil arrancó de inmediato.

—Bueno —dijo, impaciente—. ¿Qué noticias tienes, Jerry?

—He localizado *El Ojo Mágico*.

* * *

—Creo que he localizado *El Ojo Mágico* —dijo Richard por videófono.

—¡Estupendo! —contestó Jones—. ¿Dónde está ese tugurio?

—Señor Jones, ¿por qué no viene a mi alojamiento?

El joven miró desconfiadamente a su interlocutor.

—Richard, ¿no estarás tratando de jugarme una mala pasada?

—Le juro que soy sincero… Mire, yo vine a la Tierra por dinero. Usted me paga más y me ha caído simpático. Ahora no trabajaría para ellos…

—Está bien, está bien. Dime adonde debo dirigirme, Richard.

El espía indicó una dirección. Jones meneó la cabeza.

—Eso cae un poco lejos —alegó.

—Lo sé, pero cuando esté en mi alojamiento, comprenderá fácilmente los motivos. De todos modos, puede fijar las coordenadas en el programador de su coche y así llegará sin obstáculos.

—No es mala idea, Richard. ¿Cuánto crees que tardaré?

—Oh, una hora escasa…

—Será ya de noche.

—Eso no tiene la menor importancia.

—Muy bien. Si has conseguido una buena información, duplicaré el premio.

Richard se esponjó.

—Como dicen aquí, en la Tierra, «es usted mi padre» —contestó alegremente.

—¡Qué horror, tener un hijo como tú! —se ofendió el joven. Pero luego se echó a reír—. De acuerdo, te veré dentro de una hora. Repite las coordenadas, para evitar errores, por favor.

Richard lo hizo así. Y un minuto más tarde, Jones salía de su casa, a acudir al lugar de la cita.

* * *

El aeromóvil se detuvo ante un edificio solitario, al pie de una loma de suaves pendientes. Negella contempló la casa con curiosidad, extrañándose de no ver ninguna luz en sus ventanas.

—No hay nadie —murmuró.

—Estarán dormidos —supuso Jones—. Precisamente es lo que nos conviene, para sorprenderlos sin posibilidades de defensa.

—Supongo que estás seguro de lo que haces —dijo Negella, aprensiva.

—No temas, encanto.

Jones se apeó y ella le siguió en el acto. El joven llegó ante la puerta de la casa, escuchó unos instantes y luego tanteó la cerradura.

—Hombre, qué descuidados son… No han cerrado con llave… —rio suavemente mientras empujaba la puerta—. Sígueme con cuidado, dulzura. O, mejor, dame la mano…

Negella accedió. La mano de Jones estaba muy fría. Pero siguió los pasos del joven, quien se había adentrado por un pasillo débilmente iluminado.

De pronto, se encontraron en un cubículo de paredes de cristal negro. Jones aguzó el oído.

—Creo que oigo voces —susurró.
—Tienes un oído magnífico. Yo no siento nada…
—Silencio… ¿Negella?
—Dime, Jerry.
—Quédate un instante. Volveré en seguida.
—Pero…
—¡No repliques!
Negella apretó los labios. Jones abrió una puerta situada en el lado opuesto y desapareció de su vista.
La muchacha quedó sola, llena de aprensiones. La puerta se había cerrado.
De pronto, vio brillar una luz a su derecha.
El vidrio que formaba la pared de aquel lado empezó a tomar un color rojizo oscuro que fue aclarándose gradualmente. Negella retrocedió.
De súbito, un vivo relámpago estalló ante sus ojos. El instinto la hizo retroceder aún más, hasta que sus espaldas chocaron contra la pared opuesta.
—¡Jerry! —gritó, olvidándose de que debía ser precavida.
El resplandor se hizo intolerable. Negella creyó de pronto que todo su cuerpo era traspasado por millones de alfileres. Quiso retorcerse, pero una fuerza invisible la obligaba a mantenerse rígida, erecta, como si estuviese petrificada.
El dolor aumentó hasta límites indescriptibles. Sin embargo, la sensación duró muy poco, menos de diez segundos. Luego, el resplandor cesó y la habitación volvió a quedar sumida en aquella discreta penumbra que no hería las retinas.
Pero entonces, Negella se sintió desfallecer. Sus rodillas se doblaron y notó que iba a desvanecerse.
—Jerry… —llamó débilmente, con sus últimas fuerzas.
Habían caído en una trampa, pudo pensar apenas, en el instante en que caía en la más absoluta inconsciencia.

* * *

De no haber sido por el programador, Jones no habría encontrado la casa. Cuando el vehículo se detuvo, vio a Richard que le aguardaba en el umbral.
—¿Ha tenido un buen viaje? —preguntó el hombrecillo.

—Psé… No estuvo mal —contestó Jones—. ¿En éste *El Ojo Mágico*?

Richard se echó a reír.

—Oh, no, en absoluto —dijo—. Entre, por favor. Le explicaré todo en seguida.

—Richard, si me juegas una mala pasada…

—No sea mal pensado, hombre. Repito que quiero ayudarles. Por dinero, no lo voy a negar. Pero será un dinero bien empleado, créame.

—Así lo espero.

Richard dio media vuelta y entró en la casa. Jones le siguió hasta una habitación en la que había lo que parecía una cámara de televisión, de tamaño algo superior a lo normal.

La cámara estaba situada sobre un trípode, pero todos los cables iban a parar a su cara superior, procedentes del techo. Frente al objetivo, se divisaba un gran espejo.

—¿Qué es ese chisme? —preguntó el joven, muy intrigado.

—Después de separarnos, estuve reflexionando mucho tiempo —explicó Richard—. Al fin, decidí que lo mejor era no perder tiempo.

—El diablo me lleve si te entiendo —gruñó Jones—. ¿No puedes hablar más claro?

—Por supuesto. Quiero decir que, en lugar de ir de un lado para otro, lo mejor es buscar a T'Bong y a su duplicadora desde aquí.

—Y llamarle a gritos, ¿verdad?

—No sea vitriólico —rezongó el hombrecillo—. Me he pasado casi veinticuatro horas trabajando como un negro… Bueno así se decía antes, ¿verdad?

—Algunos blancos también trabajaban, Richard. Pero sigue, por favor.

—Muy bien. Ahí tiene el resultado. Eso que está viendo es la STV.

—¿Cómo? —gritó Jones.

—Supertelevisión. Se puede ver cualquier lugar del planeta, sin necesidad de que haya una cámara en el lugar de los hechos.

—Richard, eso es imposible…

El espía soltó una risita.

—Lo malo de ustedes, los terrestres, es que son poco aficionados a creer en cosas que no les parecen factibles —dijo—. Bueno, cuando le haga una prueba, quedará convencido.

—Eso espero… pero, supongo, para ver a T'Bong tendrás que haber localizado previamente su guarida. ¿O me equivoco?

—En cierto modo su razonamiento es lógico. Lo que sucede es que ignoro dónde se encuentra en estos momentos…

—¡Richard! —bramó el joven—. ¿Acaso quieres volverme loco?

—Espere, diablos. Lo que quiero decir es que esta cámara nos permitirá localizar a T'Bong. Porque, en cierto modo, funciona también por las emisiones cerebrales. Y así podré graduar el objetivo para captar las imágenes y los sonidos.

—Ya sé que el cerebro tiene una determinada actividad eléctrica, pero si no la conoces su longitud de onda…

—Longitud de onda —bufó el hombrecillo—. Medite, Jerry. ¡T'Bong estará pensando casi constantemente en su duplicadora! ¡Ese será el hilo que nos permitirá llegar al ovillo! ¿No se dice así en la Tierra?

Jones empezó a comprender y abrió la boca, estupefacto.

CAPÍTULO X

Al cabo de unos segundos, Jones reaccionó.

—Bien, lo vas a localizar por el pensamiento. Pero ¿cómo…?

Richard le enseñó un teclado situado en uno de los costados de la cámara, muy semejante al de una máquina de escribir.

—No habrá muchas personas que piensen en una duplicadora —dijo —. Pero, además, es preciso incluir el sentimiento del temor.

—¿Temor?

—Sí. Usted y el doctor Vankoe están pensando en esa duplicadora, pero sus sentimientos son de ansiedad por descubrirla. En cambio, T'Bong estará ansioso a causa de un sentimiento diametralmente opuesto.

—Creo que entiendo. Teme ser descubierto.

—Exacto. Bien, ahora yo introduzco los datos correspondientes en la computadora de orientación de la STV. Es decir, un hombre que piensa en una duplicadora y que teme ser descubierto. Por muy seguro que esté en su escondite —a usted le sucedería lo mismo—, siempre habrá en su cerebro un mínimo de inseguridad. Es decir, no puede librarse de una forma absoluta del temor a ser descubierto. Sus cálculos le indican un noventa y nueve por ciento de seguridad, pero queda un uno por ciento de la eventualidad de ser localizado. ¿Lo entiende ahora?

—Y ese chisme, funciona sobre esa base —dijo el joven.

—En efecto. ¿Quiere verlo?

—Para eso estoy aquí, me parece —gruñó Jones.

Richard empezó a teclear, introduciendo los datos en el ordenador. Al cabo de un minuto largo, pulsó una tecla de color rojo.

—Ya está —anunció—. Treinta segundos más y tendremos a T'Bong en la pantalla.

—La cámara no se mueve —observó el joven.

—Pero sí la antena exterior.

—Oh…

Transcurrieron los treinta segundos. Entonces, lo que parecía un espejo perdió su brillo y se hizo opaco, para iluminarse a los pocos instantes.

Una atractiva mujer apareció en la pantalla. Estaba completamente desnuda.

Un hombre surgió del lado derecho, terminando de vestirse. Ella se le acercó y le besó apasionadamente.

—Querido… —suspiró.

El hombre hizo una mueca.

—Empiezo a tener miedo —dijo.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Cualquier día, tu marido…

—No seas tonto. No sabe nada.

—Eso espero, porque si no…

El hombre se marchó. A los pocos instantes, apareció otro individuo.

—¿Qué tal ha estado la cosa?

—Psé —dijo ella—. Sólo me ha dado cien…

—¡Qué tacaño! ¡Y para cien *garants* se deja uno poner los cuernos! —exclamó el hombre, escandalizado.

Lentamente, Jones se volvió hacia el hombrecillo. Richard estaba colorado como una guinda.

—Esto… Yo… no sé qué ha pasado… —balbuceó Richard—. Estaba seguro de que me funcionaría…

—Sí, muy seguro —dijo el joven, sarcástico.

—En… en Scimathon IV me funcionó… Lo que pasa es que es un aparato prohibido y no… no he tenido tiempo de experimentarlo…

Jones dio media vuelta.

—En este mundo conviene saber perder. Y con la sonrisa en los labios —dijo.

—¿Perder? ¿Qué, Jerry?

—¡El dinero que te he dado, estúpido!

El portazo que dio Jones al salir hizo retemblar la casa. Maldiciendo furiosamente, subió a su aeromóvil y programó el viaje de regreso.

—No quiero saber nada más de este asunto —se dijo—. Al diablo con Scimathon, con Negella y con sus problemas políticos. Yo me largo.

Sí, se iría una temporada de vacaciones, bien lejos, donde nadie pudiera localizarle. Y esperaba que, a su vuelta, Negella y sus adversarios hubiesen abandonado ya la Tierra.

—Conque iba a localizarme a T'Bong… y puso en pantalla una escena erótica…

Escupió a un lado, a través de la ventanilla. ¡Al diablo con los scimathonitas y sus problemas!, repitió.

* * *

Negella abrió los ojos y se encontró tendida en una cama estrecha y dura, en una habitación suavemente alumbrada y en la que no se percibía el menor sonido. Hizo un esfuerzo y consiguió incorporarse, apoyándose en un codo, para mirar con más facilidad a su alrededor.

Sentíase aturdida y envarada. De pronto, notó un roce sobre su cuerpo. Entonces se dio cuenta de que estaba cubierta por una sábana, que había resbalado al incorporarse. Pero no llevaba más ropa encima.

Aturdida, recogió el borde de la sábana, para cubrirse el pecho. ¿Dónde estaba?, fue lo primero que se preguntó.

Haciendo un esfuerzo, consiguió abandonar el camastro.

En la habitación no se veía ninguna ventana. Sólo había una puerta, pero estaba cerrada y no tenía picaporte en el interior.

Desconcertada, permaneció en pie, en el centro de la estancia, sujetando la sábana con las manos. Sus ropas y su bolso, con el aparato de traslación temporal, habían desaparecido.

¿Había sido llevada por Jones a una trampa? ¿O estaba allí, después de ser atendida del desmayo?

Pero no tenía sentido el despojo de sus ropas y objetos personales. Jones la habría llevado a un sitio mejor…

De repente, se abrió la puerta. Un hombre entró, portador de una bandeja, en la que se veía un tazón humeante.

—Hola —saludó el individuo—. Soy T'Bong. ¿Te encuentras bien? Si no es así, tómate este tazón de caldo; es muy reconfortante. Ah, y no temas; no pretendemos envenenarte. Es lo último que haríamos contigo.

Negella se sentía estupefacta.

—Usted es…

—Sí, soy el duplicador —sonrió T'Bong—. Anda, bébete el caldo. Luego te explicaré lo que sucede.

—¿Dónde está Jerry? —preguntó ella, sin hacer caso de las palabras

del sujeto.

—Oh, por ahí… ¿No te tomas el caldo?

—Primero contésteme —exigió Negella—. ¿Qué ha sido de Jerry?

—Está ocupado y no diré más…

Negella estalló. Repentinamente alargó una mano y golpeó la bandeja.

El tazón salió despedido y su contenido fue a parar a la cara del hombre, que emitió un aullido de dolor. Negella le propinó un terrible empellón, derribándolo al suelo. Luego saltó por encima de él y atravesó la puerta.

Al otro lado había un corredor, de paredes lisas y colores suaves, que conducía en una sola dirección. Negella dio unos pasos y se dio cuenta de que la sábana se le había caído. Volvió atrás, la recogió, se cubrió como pudo y continuó corriendo.

El pasadizo terminaba en una puerta de metal, que abrió sin dificultad. Al cruzarla, se encontró en una gran estancia circular, en la que había algo que le hizo sentir un pánico infinito.

Con ojos desorbitados, contempló aquella serie de nichos hundidos en el muro y cubiertos por un grueso cristal ahumado. El tono oscuro del vidrio no era suficiente para ocultar lo que había en el interior de la oquedad.

Negella no estaba preparada para contemplar semejante espectáculo y, durante unos segundos, creyó que iba a perder la razón. Aquella estancia no tenía salida y, cuando reaccionó un tanto, giró en redondo para tratar de escapar en sentido opuesto.

Entonces vio a una persona que se le acercaba y el corazón se le ensanchó. Enormemente aliviada, corrió al encuentro del hombre.

* * *

Se despertó, estiró los brazos y luego bostezó. Al cabo de unos momentos, se encaminó al cuarto de baño, maldiciendo entre dientes. No le cabía duda de que Richard actuaba de buena fe, aunque el dinero fuese su objetivo primordial, pero había llegado a la conclusión de que el hombrecillo padecía despiste crónico.

—Por tanto, no me puedo fiar de él —gruñó, mientras abría el chorro de la ducha.

Cuando terminó su aseo, fue a la dispensadora de alimentos y programó un sustancioso desayuno. El desayuno salió acompañado de

una tarjeta con el estado de su cuenta en el banco.

Jones lo leyó, mientras comía, refunfuñando por el dinero que le costaba la dispensadora de alimentos. Era un capricho de gentes pudientes, pero la compañía cobraba caros sus servicios. Menos mal, se dijo, que podía pedir cualquier cosa que se le antojara, desde una simple taza de café, a un suculento banquete de doce plazas. Pero era cómodo, porque le evitaba tener que ir de compras o encargárselo a un robot, aparato nada económico, por cierto.

Prefería el viejo sistema de la asistencia humana, un par de horas al día. La mujer venía más tarde, limpiaba el apartamento y se marchaba. Jones sospechaba que hacía uso de la dispensadora de comidas, pero era una excelente mujer y no quería perderla.

Cuando terminaba, oyó el timbre de la puerta.

Se limpió los labios con una servilleta de papel, se puso en pie y abrió.

—Hola —saludó.

—¿Qué tal? —dijo Negella—. ¿Puedo pasar?

—Estás en tu casa, dulzura. Acabo de desayunar, pero puedes comer algo, si te apetece.

—Gracias, yo también lo he hecho. ¿Qué me cuentas, Jerry?

—¿Puedo contarte un fracaso? —respondió él malhumorado.

—¿Fracaso? ¿En qué?

—Richard me convenció de que podía localizar *El Ojo Mágico*.

—¿Y…?

—¿Has oído hablar alguna vez de la STV?

—No, ¿qué es eso?

—Supertelevisión. Se puede ver cualquier cosa de este mundo, sin necesidad de tener una cámara enfocada.

—¡Fantástico! —exclamó ella—. Y… ¿funciona?

Jones hizo una mueca.

—Funciona de la misma manera que la escopeta de un cazador que apuntase a un ganso salvaje en vuelo y le diese a su propio perro — contestó.

—No entiendo…

—Está bien claro —suspiró él—. Vimos lo que no nos importaba: una escena de timadores.

—Vaya, sí que es extraño…

—Lo es, pero será mejor que lo olvidemos. Y tú, ¿has conseguido

algo?

—Pues… no diría yo que no.

—Eso está bien.

—Pero tampoco diría que sí.

El joven lanzó una sarcástica carcajada.

—Ni blanco ni negro, sino todo lo contrario. ¿Quieres explicarte, por favor?

—Deja el sulfúrico a un lado —dijo ella, picada—. Lo que quería decirte es que tengo una pista. Tanto puede resultar buena, como no llevarnos a ninguna parte. Pero así son las pistas: aciertas con unas y fallas con otras. Y si no sigues ninguna, jamás llegarás a ninguna parte.

—Elemental, querido Watson, que dijo Cicerón.

—Fue Holmes, encanto.

—Ya lo sabía —rio él—. ¿Cuál es la pista?

Negella enseñó su bolso.

—Está aquí —dijo,

Jones saltó a un lado.

—¡Cuidado! —exclamó—. Ese chisme, como las armas de fuego, lo carga el diablo.

—No temas, hombre, no te voy a enviar a otra época. Pero se me ha ocurrido que puedo explorar el tiempo de T'Bong, a partir del momento en que decidió trasladar su tienda. Entonces, le seguiríamos el rastro…

—¿Dará resultado?

—Al menos, deberíamos probarlo —respondió Negella.

—No es mala idea, aunque, ¿cómo podremos seguir el rastro?

Ella miró a su alrededor.

—Necesitaría algo mejor que un simple televisor, para poder proyectar las imágenes. ¿Por qué no vamos a hablar con Vankoe?

Jones la agarró por un brazo.

—Eso está hecho —exclamó a la vez que empujaba a la muchacha hacia la salida.

* * *

Frolo Vankoe examinó el aparato con infinita curiosidad. Incluso dio un par de vueltas alrededor del mismo.

—Curioso, muy curioso —dijo, después de un buen rato de silencio —. Negella, ¿cómo podremos proyectar las imágenes?

—Se necesitaría un amplificador de mayor potencia —contestó la muchacha—. Ello aparte, habríamos de montar en el tejado una antena de forma especial…

—¿Podrías diseñarla?

—Claro. Si me da un papel y un lápiz…

—Me pregunto cuál es mi papel en este asunto —dijo Jones de pronto.

Negella se volvió y le sonrió encantadoramente.

—Harás de agente de compras cuando tengamos todo listo —contestó.

—Muy bien. Entonces, me voy a la cocina, a ver si Sara me da una taza de café.

Sara estaba muy atareada con el guisado que preparaba, pero se mostró amable y puso la cafetera al fuego. Mientras el agua se calentaba, hizo un comentario:

—Jerry, nos conocemos poco, pero… ¿te importaría decirme qué piensas de Negella?

—Es una chica estupenda, muy guapa… Tiene su genio, pero ya se le pasará con los años.

—Lo dudo mucho —dijo Sara.

—¿Por qué? Los años dan tranquilidad…

—No, no me refería a esa. Es que… Bueno, te diré lo que pienso con toda claridad. No te enfadarás, ¿verdad?

—Mujer, qué cosas tiene… ¿por qué no habla claro de una vez?

—Verás, Jerry… Frolo me ha contado todo lo que ha sucedido. Sé lo que está pasando, por tanto y… ¿Estás seguro de que Negella «es» Negella?

—¡Sara, por Dios!

—Cuando llegasteis, Frolo no había salido aún del baño. Negella vino a la cocina y husmeó por todas partes, como hacemos las mujeres en estas ocasiones. Abrió el horno y tocó la bandeja en que tengo la carne con la mano desnuda. Debería haberse quemado: tendría que haber lanzado un chillido… pero no sucedió nada de eso. —Sara le enseñó los guantes de cocina especiales que usaba para tales menesteres —. Así evito yo las quemaduras en las manos, cuando saco una bandeja con el asado. ¿Lo entiendes ahora?

Jones asintió en silencio. Luego, de pronto, dio media vuelta.

—Voy a hacer una prueba —dijo.

Abrió la puerta de la cocina. Desde allí, veía al profesor, sentado ante una mesa, trazando unos dibujos en un papel. Negella estaba en pie, pero inclinada hacia adelante, vuelta de espaldas y con las caderas salientes.

Jones avanzó de puntillas. De pronto, alargó la mano y arreó un terrible pellizco en aquella región anatómica con tantos atractivos.

Negella no se movió.

CAPÍTULO XI

Jones repitió la maniobra. Vankoe, enfrascado en lo que decía la muchacha, no se había dado cuenta de lo que sucedía. De súbito, Jones agarró a Negella por un brazo y la apartó violentamente de la mesa.

—No siga, doctor —exclamó.

Vankoe respingó.

—¿Eh, qué pasa?

Negella gritó,

—¿Te has vuelto loco?

—Doctor, esto que tenemos aquí no es una mujer de carne y hueso —dijo el joven con firme acento—. Aunque le parezca mentira, es el doble de Negella Bossuth.

—¡Jerry! —gritó Vankoe.

—No le haga caso, profesor —dijo la muchacha—. Está sometido a demasiadas presiones mentales…

Jones no hizo caso de las protestas de Negella. Miró a derecha e izquierda y, al fin, divisó unas tijeras de escritorio, de hojas largas y delgadas.

—Voy a hacer una prueba —anunció—. Porque esta cosa con figura humana ya metió la mano en el horno de la cocina y no se quemó. Y yo la he arreado dos pellizcos capaces de hacer saltar a una ballena y no se ha enterado siquiera.

Agarró uno de los brazos de la joven y lo pinchó con una punta de las tijeras.

Vankoe se puso lentamente en pie.

El brazo de Negella permanecía intacto. Tenía que haber salido sangre: la herida medía un centímetro de anchura por otro tanto de profundidad. Y, sin embargo, la carne del brazo había recobrado en el

acto su aspecto original.

Hubo un instante de silencio. De pronto, Negella dio media vuelta y quiso escapar.

—¡Atrápala, Jerry! —gritó Vankoe.

Pero fue su esposa quien detuvo a la fugitiva y mediante un procedimiento tan anticuado como expeditivo: un sartenazo en la cabeza, que derribó a la doble instantáneamente.

—¡Bravo, Sara! —exclamó el profesor.

Jones se inclinó sobre la joven caída en el suelo y le tanteó la cabeza. Al cabo de unos segundos, se enderezó.

—Es suya, doctor —dijo.

Vankoe se acarició el mentón pensativamente.

—Me pregunto qué diablos pretendía este doble —masculló—. Porque no creo que hubiese venido a ayudarnos, como decía.

—Nada de eso —contestó el joven—. Estaba hablando de una antena muy especial. O pretendía montarla para espiarnos… o quizá quería que alguien enviase una descarga radiante de gran potencia, con el resultado fácil de imaginar.

—Es decir, nos consideran peligrosos.

—Exacto.

—Pero ¿por qué?

—Somos los únicos que podemos frustrar sus planes, doctor.

Vankoe asintió.

—Sí —convino—. Pero eso me hace pensar en la auténtica Negella…

Las manos del joven se crisparon.

—Si le han hecho algún daño… —dijo, conteniendo difícilmente su ira.

Reaccionó, se inclinó sobre la doble y cargó con ella.

—Doctor, es preciso que empiece a examinarla, para saber cómo está construida —añadió.

* * *

Vankoe tenía un pequeño laboratorio privado en un cobertizo de su casa, en donde, a veces, realizaba trabajos y experimentos por su cuenta. Jones no quiso estar presente.

—Si tiene que abrirla… la verdad, me fallaría el estómago…

Pero Vankoe no necesitó recurrir a una verdadera autopsia. Una

hora más tarde, regresó a la sala.

—Es algo fantástico y horripilante a un tiempo —dijo.

—¿De qué está hecha esa mujer?

—Desconozco el procedimiento, aunque me imagino que debe ser el resultado de una tecnología avanzadísima. Parece carne humana, pero no lo es. Y los huesos son barras de metal muy ligero, con la forma adecuada para cada caso.

—Entonces, el cerebro es artificial…

—Por supuesto. Es una mezcla de tejidos sintéticos con partículas metálicas submicroscópicas, y todo ello con las conexiones necesarias, para que los miembros funcionen como si fuesen humanos.

—El cerebro, profesor. ¿Qué me dice del cerebro? ¿Cómo razona?

—Como un robot, pero con todos los conocimientos del original, extraídos por medios que desconocemos…

Jones no quiso seguir escuchando más y salió disparado hacia el laboratorio. La doble continuaba allí, atada por fuertes correas a una mesa larga, incapacitada de hacer el menor movimiento.

—¿Dónde está Negella? —preguntó.

En los ojos de la doble había ahora un brillo de desprecio.

—No esperes que te lo diga —contestó.

Jones alzó la mano, pero Vankoe contuvo su gesto.

—Es inútil —dijo—. En los terminales nerviosos de ese cuerpo tan bien imitado no hay sensaciones de ninguna clase: ni dolorosas, ni placenteras… Puede ver y oír, pero es incapaz de percibir ningún dolor. Es como si golpease un tronco de árbol.

—Así es —sonrió la doble—. No siento el dolor en absoluto. Pégame, si eso te va a complacer, pero no conseguirás nada, Jerry.

Jones meditó unos segundos. ¿No habría un procedimiento para arrancar la verdad a aquel engendro que tenía la figura de Negella?

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Es cierto que no sientes el dolor ni el placer… pero ¿te importaría «morir»?

La doble dejó de sonreír en el acto.

—¿Qué quieres decir?

—Eres un robot, a fin de cuentas. Pero «piensas». Y te gusta vivir.

—Eso es cierto…

—Entonces, si no contestas a mi pregunta, te mataré. Y nadie me acusará de homicidio, porque lo único que habré hecho será destruir un

robot. ¿De acuerdo?

La doble asintió.

—Me gusta vivir —admitió.

—Entonces, habla —pidió el profesor.

—Un momento —dijo el joven—. Antes de nada… ¿Qué le ha pasado a Negella?

—Por ahora, está bien —contestó la doble.

* * *

Negella reparó de pronto en la exigüidad de su indumentaria y se ruborizó intensamente.

—Perdona, Jerry… Pero no me fijé en nada… Sólo quería escapar…

—No te preocupes —sonrió el hombre—. Ven conmigo y te daré algo para que te vistas.

—De acuerdo, pero tenemos que marcharnos de aquí cuanto antes…

—Descuida. Ven.

Negella se dejó llevar. El corredor terminaba aparentemente en un muro liso, pero Jones tocó en un determinado punto de la pared y se abrió una puerta perfectamente disimulada. Jones se echó a un lado.

—Entra —dijo

Negella avanzó, sujetándose la sábana con las manos. Dio unos cuantos pasos y, de pronto, se detuvo.

—Jerry, esto no tiene salida —exclamó.

Jones no contestó. Intrigada, ella se volvió y entonces vio que estaba sola. Y la puerta se había cerrado de nuevo.

—¡Jerry! —gritó con toda la potencia de sus pulmones.

Pero no hubo respuesta alguna.

Empezó a sospechar la amarga verdad. Había sido engañada.

Trató de disipar sus sospechas. Jerry estaba buscando una salida y no quería que ella sufriese ningún daño. Pero no era un razonamiento lógico, se dijo de inmediato.

Acababa de recordar una cosa: el primer doble que se había desintegrado. Aquel doble había sido reproducido de una figura humana ya existente, precisamente la del joven que había estado con ella hasta unos momentos antes. Era el hombre que había vivido en la Perspectiva Bozer y cuya semejanza con el auténtico Jones había dado lugar a aquella serie de acontecimientos.

Ya no le cabía duda de que había vuelto a caer en la trampa. Desanimada, miró a su alrededor.

La estancia aparecía vacía, a excepción de un par de sillas, en una de las cuales se sentó, completamente abatida. Había fracasado en su misión, admitió, llena de amargura.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, oyó ruidos.

La puerta se abrió. Dos hombres aparecieron, empujando una especie de cabina telefónica, montada sobre una plataforma con cuatro ruedas de pequeño diámetro.

El doble de Jones sonreía de un modo especial. T'Bong, en cambio, aparecía serio, concentrado.

—Esa muchacha me arreó un buen golpe…

—Cállate —gruñó el doble—. Negella, lo siento, pero vamos a tener que deshacernos de ti.

Ella se había puesto en pie lentamente.

—¿Cuál es el procedimiento?

—Vamos a enviarte a Scimathon por traslación instantánea.

Negella se aterró.

—Pero… es un procedimiento que tiene todavía muchos fallos… Funciona bien con masas inorgánicas, informes… Los experimentos con seres vivos, incluso con vegetales, han fracasado la mayoría de las veces…

El doble se encogió de hombros.

—Aquí, el amigo T'Bong, ha perfeccionado uno de esos aparatos —contestó—. Le concede un margen de error del dos por ciento… O sea, tienes noventa y ocho probabilidades de llegar sana y salva a Scimathon.

—¿Qué me sucederá cuando llegue allí? —quiso saber la muchacha.

—Tendrás un comité de bienvenida, formado por algunos de nuestros amigos. Créeme que lo siento, no estoy autorizado para eliminarte de forma más radical, cosa que haría si pudiese. Por mucho que nos detestes, no somos tan sanguinarios como crees.

—Vamos, vamos —dijo T'Bong, impaciente—. Estamos perdiendo demasiado tiempo. Jerry, sube al techo de la cabina y empalma los cables.

—Ahora mismo —contestó el doble.

La cabina tenía unos peldaños metálicos en uno de sus costados. Cuando el falso Jones iba a subir, ella le hizo una pregunta:

—Jerry, el cuerpo, no sé, puede que sea el tuyo, pero la cara…

—Oh, cuando vine a la Tierra elegí unas facciones determinadas. Lo vi en una fotografía y me gustó.

—¿Una fotografía?

—Si, en un periódico. Aparecía Jerry Jones, al que le habían hecho un reportaje acerca de sus composiciones musicales. Me pareció que sería un rostro no famoso, pero tampoco completamente desconocido. Y así podría penetrar en algunos lugares, sin levantar sospechas.

—Sí, pero… ¿qué me dices del doble que fue a casa del auténtico Jerry? Se deshizo en un charco…

El falso Jones se volvió hacia T'Bong.

—Este idiota quiso experimentar por su cuenta y fabricó un doble sin elementos metálicos, igual que el que vendió a Vankoe. Las cosas no están aún lo suficientemente maduras y ha sido preciso recurrir al viejo procedimiento de robots de plástico y metal.

Negella apretó los labios. Acababa de recordar una cosa. Jones había estado con Yuzzia. Y la dueña de la taberna había observado algo muy peculiar.

Entonces, el falso Jones que tenía frente a sí, era también otro doble.

—Un robot —murmuró.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó T'Bong.

Negella miró al científico. Era un hombre perverso, lo presintió desde aquel momento. Haría fallar el viaje instantáneo. Se convertiría en átomos, que se dispersarían por el espacio…

El doble estaba ya en el tejado de la cabina y se disponía a efectuar la conexión de los cables que suministrarían la energía precisa para hacer funcionar la máquina. Negella decidió en aquel momento que no permitiría que le metiesen en la cabina sin hacer al menos un esfuerzo por salvar su vida.

Trató de distraer al doble.

—Jerry, ¿por qué te hiciste otro doble? —preguntó.

—Tenía que ir a una cita y necesitaba que alguien quedase en mí puesto. Pero T'Bong no quiso obedecerme y fabricó un doble sin metal.

—Era el doble de un robot ¿verdad?

Desde arriba, el hombre se volvió y miró a Negella. Sus ojos cambiaron inmediatamente.

Ahora eran duros, despiadados. Negella adivinó sus intenciones.

Y se dispuso a actuar.

CAPÍTULO XII

—De modo que es aquí —dijo el auténtico Jones, parado frente a la casa solitaria.

—Sí —respondió la doble de Negella—. Seguidme, yo os guiaré.

Jones la retuvo por un brazo.

—Negella… cuando hayamos terminado, te cambiarás el rostro. Y también cambiaras de nombre.

—Estoy de acuerdo. ¡Vamos!

La puerta no estaba cerrada con llave. La doble empujó y entraron en un pequeño vestíbulo, de aspecto inofensivo.

—Me pregunto como pudo trasladar T'Bong su tienda —murmuró el joven.

—Por la máquina de transporte instantáneo y por secciones —contestó la doble—. En menos de dos horas, tuvo todo listo y reconstruido de nuevo.

Jones meneó la cabeza.

—Demasiado trabajo… para unos políticos que no se lo agradecerán —masculló.

—Deja las filosofías a un lado —aconsejó Vankoe—. Lo que interesa en estos momentos es salvar a la chica.

—Por aquí —indicó la doble.

Jones caminó junto al robot femenino. Al llegar a una puerta, la doble se detuvo y aguzó el oído.

—Ahora ya sé dónde están —dijo.

Abrió la puerta y se encontraron en un pequeño vestíbulo, que no parecía conducir a ninguna parte. Pero la doble avanzó unos cuantos pasos más, puso la palma de la mano en determinado punto de la pared y presionó ligeramente.

Otra puerta se abrió y dejó a la vista un largo corredor, de paredes lisas y colores claros. La doble extendió el brazo.

—Ahí —señaló.

Jones avanzó un paso.

—Esto es cosa mía —dijo.

En aquel momento, ocurrió algo sorprendente.

Negella acababa de saltar hacia adelante, con las manos extendidas. T'Bong la vio y lanzó un agudo grito.

El doble de Jerry, aún en el techo de la cabina, volvió la cabeza.

—¡Quieta! —aulló.

Pero ya era tarde. Negella apoyaba sus manos en la cabina y empujaba hacia adelante con todas sus fuerzas.

T'Bong tuvo que saltar a un lado para evitar ser atropellado por el extraño vehículo. Arriba, el doble hacía desesperados esfuerzos por mantener el equilibrio.

La cabina adquirió velocidad, deslizándose sobre unas ruedas bien engrasadas. Llegó junto a la puerta y chocó con gran violencia, abriéndola de golpe. La cabina podía pasar por el hueco, pero el cuerpo del doble fue detenido por el dintel.

El doble saltó al vacío, dando una involuntaria voltereta. Cayó de cabeza al suelo y se produjo un sordo choque, después de lo cual, quedó completamente inmóvil.

T'Bong lanzó un alarido de rabia. Metió la mano en un bolsillo y sacó una especie de lápiz, con el que apuntó a la muchacha. Negella gritó al ver a Jones al otro lado de la puerta.

—¡Jerry!

El joven saltó hacia adelante. Era tarde ya.

Un rayo luminoso brotó del tubo, alcanzando de lleno a Negella. T'Bong se volvió con indescriptible rapidez y disparó también contra Jones.

—¡Cuidado, Jerry! —gritó Vankoe.

Pero otro rayo luminoso le había alcanzado también. Y, entonces, los tres percibieron una intensísima sensación de frío.

Jones creyó que había sido trasladado de súbito al Polo Norte. Quiso moverse, pero le resultó absolutamente imposible.

Entonces comprendió la verdad.

Aquel rayo luminoso era un paralizador de las funciones físicas. Podía ver y oír con toda normalidad, pero no mover un solo dedo.

T'Bong, sin embargo, no había acabado aún.

El rayo de luz alcanzó de lleno a la doble.

Se oyó un agudo chillido.

—¡No…! ¡Quiero vivir!

La doble empezó a fundirse. Jones supuso que los efectos en un ser de semejante naturaleza eran muy distintos.

—¡Quiero… vivir…!

Las palabras de la doble se transformaron en un horrendo gorgoteo. En menos de un minuto, desapareció, convertida en un repulsivo charco en el que brillaban numerosos trozos de metal.

T'Bong exhaló una sarcástica carcajada.

—Ahora ya sois míos —dijo—. Y podré hacer con vosotros lo que se me antoje. Incluso permitir que habléis, por ejemplo.

Apuntó a Jones con el lápiz y el joven sintió un ligero cosquilleo. Su rigidez desapareció en gran parte, aunque todavía no podía moverse con entera libertad.

—¿Qué es lo que va a hacer con nosotros? —preguntó, dándose cuenta de que, al menos, podía hablar.

—Lo sabrás enseguida.

T'Bong repitió la operación con Negella y el profesor. Luego hizo un ademán.

—¡Seguidme!

Jones notó que una fuerza irresistible le impulsaba a obedecer al hombrecillo. T'Bong caminó por delante de ellos, hasta la rotonda circular en la que Negella había estado ya una vez.

Al llegar allí, Jones contempló un espectáculo inusitado.

—¡Es la fábrica de dobles! —exclamó.

—Exacto —corroboró T'Bong.

* * *

Pasmado de asombro, Jones contempló la serie de nichos en que se realizaban las operaciones de duplicación de las personas. En el primero que había a su derecha, junto a la puerta, divisó un glóbulo de una sustancia amarillo rosada, no mayor que su puño, situado sobre un pequeño pedestal, en forma de cuenco, que contenía un poco de líquido transparente.

El siguiente nicho era idéntico, pero el glóbulo tenía ya un tamaño mayor. En la tercera oquedad, el glóbulo parecía una pelota de fútbol.

En el quinto nicho, empezaban ya a adivinarse las formas de un ser humano. Y así, por etapas sucesivas, se estaba formando un doble, que ya tenía enteramente figura de persona en el penúltimo nicho.

El último, sin embargo, estaba vacío.

—Pronto estará ocupado por un doble auténtico —dijo T'Bong.

—¿Puedo saber cuál? —solicitó el joven.

T'Bong se volvió hacia él y le miró con ojos que despedían un raro fulgor:

—¡El mío! —contestó.

Y, entonces, Jones comprendió la verdad.

Negella también supo la realidad de las cosas.

—¡Oh, no, no! ¡Eso no puede ser! —clamó.

—¡Sí, puede ser! ¡Y será posible! —tronó T'Bong.

Estaba henchido de un orgullo insensato, pensó Jones. Ahora, se dijo, tenían que enfrentarse con una máquina, carente de sentimientos humanos. No tendría piedad de ellos.

—Cuando la operación termine —añadió el hombrecillo, señalando al nicho vacío—, yo estaré ahí, de carne y hueso, como vosotros, un ser humano auténtico y no un robot como hasta ahora. Y naceré ya con más conocimientos que todos los hombres vivos juntos.

—Entonces —dijo el joven—, a usted no le importa la política de Scimathon.

—¡Claro que me importa! ¿Por qué crees que he trabajado durante infinidad de años? Pero allí, en Scimathon, empezaban ya a recelar de mí…

Jones se volvió hacia la muchacha.

—¿Lo sabias tú? —preguntó.

—No. Esto es completamente nuevo para mí. Y, sinceramente, creo que mis superiores tampoco estaban enterados de la verdad.

T'Bong soltó una risita.

—Sólo sabían lo que yo quería que supieran: la banda de conspiradores que querían sustituir al presidente. Pero allí yo no podía trabajar a gusto y, además, carecía de ciertos materiales e instrumentos que sólo podía encontrar en la Tierra.

—Ya —murmuró Jones—. Por eso se vino aquí… pero ¿no teme, señor T'Bong, que su experimento fracase y acabe por convertirse en jarabe?

—No, esta vez no habrá fallos. Seré una persona…

—¿Con esta facha? Vaya un tipo —se burló Jones—. Pequeño, canijo, medio calvo… Los dientes se le caerán en seguida… Hasta tendrá que ponerse lentes para ver bien. ¿Por qué no ha elegido otro tipo más atractivo?

—La figura no importa —T'Bong se tocó la frente—. Lo que hay dentro sí importa.

—Un filete de carne puede resultar repulsivo si se lo entregan envuelto en papel de periódico sucio y manchado —metaforizó el joven —. Y a usted le sucederá lo mismo: pequeñajo, feo… Si, además de inteligente, fuese alto, esbelto y guapo, las mujeres se lo disputarían… Una presencia atractiva hace mucho, créame. A la gente no le gustará ser dirigida por un tipo que resultará odioso sólo con mirarlo…

—¡Calla! —se exasperó T'Bong—. No me importa en absoluto la figura física. Quiero ser humano y lo conseguiré. Y seguiré estudiando e investigando y tal vez, algún día, me cambie a un cuerpo más atractivo. Pero no ahora; en estos momentos, no me conviene en absoluto. ¿Lo entiendes?

—Muy bien, usted es el amo —contestó Jones tranquilamente—. Pero ¿le ayudará mi doble?

—Tu doble ha «muerto». Y no lo lamento. Empezaba a tomarse ya demasiadas atribuciones —contestó T'Bong hoscamente.

—Por curiosidad, sólo por interés científico —intervino Vankoe, silencioso hasta entonces—. Dígame, ¿cuándo le construyeron a usted?

T'Bong le miró atravesadamente.

—Hace más de cien años —contestó—. Pero un día, logré independizarme, si la palabra vale en mi caso, y empecé a trabajar para mí. «Nací» ignorante, pero tengo un siglo de aprendizaje a mis espaldas. Y aún me quedan unos cuantos más por delante.

—Entonces —dijo Negella—, usted no tiene nada que ver con la conspiración contra el presidente.

—Eso fue sólo una maniobra de diversión, para poder completar mis trabajos en paz. Lo sugerí a unos cuantos ambiciosos y ellos me secundaron, sin conocer exactamente mis propósitos. Bueno, será mejor que acabemos de una vez.

—¿Qué va a hacer con nosotros? —preguntó Jones.

—Os inmovilizaré y os conservaré vivos, en hibernación, para extraer tejidos humanos cuando lo necesite.

—En resumen, nos hará pedacitos.

—Y sin prisas —dijo T'Bong, sonriendo perversamente.

Pero, de súbito, la sonrisa se congeló en sus labios artificiales.

Al mismo tiempo, el tubo que tenía en las manos se incendió y ardió con corta pero fulgurante llamarada.

T'Bong lanzó un agudo chillido. Se retorció epilépticamente. Su rostro se deformó, se puso intensamente rojo y sus ojos

—¡No… no… basta…! —chilló, presa de un inesperado ataque de algo que los sorprendidos espectadores de la escena no se sentían capaces de adivinar.

Simultáneamente, los nichos empezaron a humear.

Las sustancias que había en su interior se fundieron lentamente, cayendo en gruesos chorros al suelo. Entonces, Jones, inexplicablemente, notó que podía moverse y saltó hacia la muchacha, agarrándola por la cintura.

Delante de ellos, T'Bong se retorcía como un poseso. Súbitamente, su cuerpo se convirtió en una masa incandescente que ardía en silencio, despidiendo un hedor insufrible. Al cabo de unos instantes, aquella masa se derrumbó lentamente, hasta transformarse en un montón humeante y sin forma alguna.

En los nichos no había más que pasta semilíquida. Ninguno de los presentes comprendía lo que había sucedido.

—Algo falló, esto es evidente —dijo Vankoe, después de un largo rato de silencio—. Pero, de todas formas, aquí, en este edificio, hay cosas muy interesantes. Creo que me convendría husmear un poco.

—Sí, para usted, todo lo que hay tiene mucho interés —convino Jones. Se volvió hacia la muchacha—. ¿Y para ti, Negella?

—Yo me limitaré a informar. Después, dimitiré.

—Y te quedarás en la Tierra.

—¿Qué has dicho?

—Ya lo has oído.

Negella sonrió.

—¿De veras quieres que me quede?

—Si no lo quisiera, no te lo hubiera dicho —respondió él.

* * *

—Esta casa tiene un defecto —dijo Vankoe una hora más tarde.

—Hombre, tenga en cuenta que T'Bong no era precisamente un arquitecto —exclamó Jones—. Pero ¿cuál es el defecto?

—La cocina, hombre. Si eran robots, ¿para qué necesitaban comer?

Y yo me tomaría ahora un bocadillo de muy buena gana…

—Tendrá que esperar al regreso —rio la muchacha.

—En todo caso, Jerry puede ir a buscar comida —dijo alguien desde el umbral.

Jones se volvió.

—¡Richard! —gritó.

El hombrecillo sonrió.

—Os he salvado de una buena, ¿eh?

Jones frunció el ceño.

—¿Qué diablos quieres decir? —preguntó.

—Mi STV funcionaba mucho mejor de lo que di a entender —respondió Richard plácidamente—. Pero no quería que fuese detectada por T'Bong.

—Entonces… fue un truco…

—Aún había ciertos defectos que, sin embargo, pude corregir, además de perfeccionar los mecanismos para conseguir una mayor potencia.

Jones empezó a sospechar que Richard no era tan despistado como aparentaba.

—¿Para qué la mayor potencia, si alcanza a todas partes? —inquirió.

—Para emitir rayos de una onda especial, que afectan solamente a ciertas sustancias artificiales. Por eso «murió» T'Bong y por eso fueron destruidos sus «embriones».

De pronto, Richard pareció crecer.

—Negella, lo has hecho muy bien —agregó—. Informaré al presidente. Te recompensará.

La muchacha se sentía aturdida.

—Entonces, ¿usted…?

—El nombre no es auténtico y no lo voy a declarar, pero si puedo decirte que soy jefe del SIC, Servicio de Información Científica. Sabíamos que T'Bong tramaba algo, pero, como se dice en la Tierra, había que darle hilo para que se descubriese a sí mismo.

—Entonces, nos ha estado utilizando como pantalla —se sulfuró Jones.

Richard suspiró.

—Hijo, las cosas del espionaje son así, no le des más vueltas —contestó.

—Sí, son así y por eso presento mi dimisión ahora mismo —exclamó

Negella.

Pero, contra lo que creía, Richard no se enojó.

—Aceptada —contestó, se volvió hacia Vankoe—. Profesor, acompáñeme; usted puede ayudarme mucho… y yo también sabré corresponder. Jerry, no te olvides de ir a buscar algo de comida; vamos a estar aquí mucho rato.

—Sí, señor —contestó el joven mecánicamente.

—Negella, acompáñale.

Jones sonrió.

—¿Que te parece si vamos a buscarles algo de comida?

—Para nosotros también, supongo.

—Claro.

Jones asió el brazo de la muchacha.

—Y, mientras, podemos hablar de nuestro futuro. ¿Te parece?

—Encantada, Jerry.

Salieron sin prisas. Cuando iban a subir al automóvil, Jones dijo:

—Estoy pensando en componer una pieza musical, que describa todo lo que nos ha sucedido.

—Resultará agradable de oír —manifestó Negella—. ¿Le darás algún título?

—Por supuesto Se llamará La balada del robot que quiso ser rey.

—Un título perfectamente adecuado —convino la muchacha.

FIN